

Ilustración Artística



AÑO XXIV

BARCELONA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1905

NÚM. 1.237



MI GATITO, dibujo de Carlos Vázquez



Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El anillo de Durga*, por Emilio Dugi. — *El centenario de la definición exacta de la posición del Schneeburg*. — Berlín. *La nueva brigada para socorrer á los borrachos*. — Representación de la ópera «Heretiques» en las Arenas de Beziers. — *La paz ruso-japonesa*. — Un huevo raro de gallina puesto en Barcelona durante el eclipse de sol de 30 de agosto último. — El eminente tenor Francisco Tamagno. — Necrología. — Problema de ajedrez. — *La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación). — *Hotel para niños en Norland (Inglaterra)*, por Bernardo Nussey. — *La Edelweiss*, por E. C. — Libros recibidos.

Grabados.— *Mi gatito*, dibujo de Carlos Vázquez. — S. M. el rey D. Alfonso XIII en Burgos. Colocación de la primera piedra del monumento del Cid (dos grabados). — Estudio, dibujo de G. de Grau. — *Piedra conmemorativa erigida en la cúspide del Schneeburg á la memoria del emperador Francisco I de Austria*. Vista del Buchberg tomada desde la cumbre del Schneeburg. — Berlín. *La nueva brigada para socorrer á los borrachos*. Dos guardias femeninas de la nueva brigada auxiliando á un borracho. — Beziers. Representación en las Arenas de la ópera «Heretiques». — Barcelona. Entierro de las víctimas de la explosión de la bomba ocurrida en la Rambla de las Flores el día 3 de los corrientes. — Hogar apacible, cuadro de Adolfo Ehtler. — *Inocencia*, cuadro de Eugenio Prati. — Huevo raro puesto por una gallina durante el eclipse del día 30 de agosto último. Gallina que puso el huevo raro, y su propietario Mucio Guardia. — El eminente tenor Francisco Tamagno. — *Hotel para niños en Norland (Inglaterra)*, siete grabados. — *El Tiempo, la Vida y el Trabajo*, techo de uno de los salones del Palacio de la Diputación de Vizcaya, obra de José Echena.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Naturalmente ahora todos somos astrónomos, y el que más y el que menos ahuma su cacho de vidrio y asesta la nariz hacia el firmamento con aire de suficiencia, sin fijarse en que puede lucir un solemne tiznón, y sin tener en cuenta que

«En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal por que se mira...»

y el que interpone entre la pupila y los objetos un cristal turbio, turbios los ha de ver por fuerza.

El eclipse se inició con una especie de misteriosa angustia ambiente, una ráfaga de frío húmedo, callado y sepulcral... Acaso esta impresión fuese subjetiva, análoga á la que siempre experimentamos ante lo que corta, siquiera aparentemente, el ritmo de la naturaleza... Un eclipse no es, bien mirado, más que un anochecer en pleno día; una noche á deshora — brevisima, por otra parte. — Esa lividez de los rostros cuando la totalidad se acerca; ese vago escalofrío de las plantas; ese miedo silencioso de los animales; ese soplo de lo desconocido... no lo produce la noche, sencillamente porque es diaria. Figuraos un mundo iluminado siempre; un mundo en que no se pusiese el sol jamás... y concebiréis lo que sería el obscurecer repentino; el efecto imponente, sobrehumano, que el fenómeno produciría.

Mientras el mar, á lo lejos, adquiría matices de tinta y plomo; mientras las montañas, sobre la línea del horizonte, se entenebrecían como un ceño trágico; mientras el verde de los árboles, aquí tan fresco hasta en este tiempo, se mustiaba y se tornaba gris; mientras la figura del sol era la misma que frecuentemente afecta la luna, segur de plata blanca y brillante, yo pensaba en Dante Alighieri, pensar que al parecer no guarda relación alguna con el eclipse ni con los problemas astronómicos. ¿Por qué me acordaba del gran poeta y vidente florentino? Porque en aquel momento me parecía adivinar la causa de algo que ha preocupado á los comentadores; la singularidad de que Dante demuestre, en la *Divina Comedia*, conocer perfectamente las constelaciones del hemisferio austral, que tenían que serle desconocidas, pues el cantor de Beatriz no pisó los países donde estas constelaciones pueden verse, países (al menos tal se supone) plenamente ignorados en el siglo XIII.

El caso hace meditar. ¿Cómo hablaba Dante de la Cruz del Sur, ese joyel celeste formado por cuatro estrellas de segunda magnitud y jamás visible en nuestro horizonte? América no se había descubier-

suponga que ya existían noticias más ó menos confusas de la última Tule. Si no era así; si algún navegante, si algún fraile viajero, predecesor de Raimundo Lulio, no describió á Dante las estrellas nuevas que surgieron del fondo del Océano para nuestros aventureros dos siglos después, no queda más clave de la previsión del gran florentino sino suponer que durante un eclipse total de sol pudo ver refulgir la Cruz del Sur, y citarla con la precisión con que lo hace, y que caracteriza todas las indicaciones positivas en la *Divina Comedia*.

Nosotros sí que no pudimos ver la Cruz del Sur. Densas nubes velaban el cielo; los lumináres ni aun se entreveían. La famosa «corona del sol», esa gigantesca sortija teñida con los colores del espectro solar y exornada con enorme diamante, se destacaba sobre un fondo de tul ceniza, convertido presto en tenebrosa y mate extensión sin límites. Por un efecto que no sé definir, la desaparición de la luz nos había parecido larga y fúnebre, y la reaparición se nos imaginó más pronta, casi teatral por lo rápida. Y un suspiro de descanso dilatava todos los pechos. Era otra vez lo habitual, lo conocido... Era la luz del día, pronto llamada á extinguirse en el diario eclipse nocturno.

No hay nada más inofensivo que un eclipse. ¿Cómo habrán supuesto que anuncia daños, que amenaza castigos, que influye, que trae peste ó guerra? Cuando leemos los terrores que en pasados tiempos han infundido los eclipses; los ejércitos negándose á combatir, los indios postrándose ante Colón, los altos personajes históricos viendo en el sencillo fenómeno celeste fatal presagio de su destino..., comprendemos nuestra debilidad, nuestra pequeñez, nuestra indefensión, proclamada por esos espantos que el ánimo más entero no siempre puede vencer. Yo recuerdo que á un individuo muy valeroso le aterrorizó el penúltimo eclipse total, por haber coincidido con fecha señalada y simbólica en su biografía. Y, en efecto, la desgracia que parecía anunciar el eclipse vino, y vino con circunstancias todavía más graves y crueles de lo que la víctima podía recelar; pero ¿qué sabían de esto ni el astro resplandeciente centro de nuestro sistema, ni el pálido satélite que ilumina nuestras noches y hace escribir á los poetas de secano mil peregrinas insipideces? Tenemos tal necesidad de no creernos abandonados, olvidados, solos, que imaginamos que cuando se comete con nosotros una iniquidad, el sol vela su luz, la luna se embosca tras densos nubarrones, las estrellas se precipitan del cielo y los ríos corren color de sangre... Todo esto ha sido artículo de fe, y los romanos, después del asesinato de Julio César, crimen más horrible porque era un parricidio, supusieron señales en el firmamento y profecías en labios de augures, sudor de sangre en estatuas y lágrimas en simulacros... La verdad es que los cuerpos celestes giran indiferentes por el espacio infinito, que no ven ni nuestros dolores ni nuestras contadas alegrías, ni curan de la bondad ni de la maldad humana, y que hay terrible contraste entre lo sereno de su marcha, la verdaderamente olímpica majestad de su curso, y las tempestades de los corazones, así como la astronomía, armada de telescopio, compás y pizarra, no cura de la psicología, armada de microscopio...

Y ¿por qué se da expresamente el nombre de *sabios* á los astrónomos que vienen á estudiar el eclipse, y no se califica igualmente á los médicos que van á observar y combatir una epidemia, á los escritores que van á desentrañar una literatura; á los ingenieros que van á trazar una obra magna, ni á ninguno, en fin, de los que realizan una información ó una empresa que exige conocimientos especiales de una materia? ¿Son los astrónomos los *sabios* por antonomasia?

El diccionario reza que sabiduría es conocimiento profundo en letras, ciencias ó artes. Yo no entiendo nada de astronomía, y por lo tanto, me sería difícil decir si poseen en efecto conocimientos profundos todos esos señores que se vienen del extranjero armados de catalejo y del instrumental que el argumento requiere, y se encaraman y trepan por montes y altozanos para que no se les escape un ápice de la vida privada del sol (que no va estando muy en olor de santidad desde que nos han informado de que anda perdido de manchas).

Creería ese rubicundo y bermejado platero de las cumbres que, situándose á la bonita distancia de treinta y ocho millones de leguas (de á cuatro kilómetros) de la tierra, las tales manchas no las descubriría ni el más lince; pero no contaba con la actividad é ingenio de este insectillo que se llama el hombre. No sólo hemos descubierto las lámparas que deslustran la superficie del hermoso astro (así las negras como las blancas), sino las arrugas, y vaya usted á saber si un día encontraremos sus dientes postizos y sus canas, disimuladas por el agua oxigenada de Venecia y el henné de Oriente...

Todo aquello á que nos aproximamos—sea por virtud de los descubrimientos científicos que traen al cristal de la lente los cuerpos celestes remotos, sea por el análisis que escruta y descompone lo próximo y lo íntimo,—todo ¡ay! aparece sellado con estigma de caducidad y muerte... Esas manchas del sol, ó más bien desgarrones de su brillante túnica, aumentan, según parece, en progresión nada tranquilizadora. ¿Es que la fotosfera desmaya, y con ella va extinguiéndose poco á poco la energía vital que á nuestro planeta comunica Helios? ¿Es que las nubes formadas en su atmósfera se hacen doblemente opacas? Los consabidos sabios no han dicho la última palabra referente á este asunto. Y en la incertidumbre acerca de la naturaleza y origen de esas manchas dentro de las cuales la Tierra caería como una naranja por la boca de ancho puchero, sólo nos resta la melancolía de la ilusión que perdimos, del sol nítido, refulgente, que se nos ha convertido en trapo tiznado de negrohumo, cual si acabase de limpiar tanto fragmento de vidrio como se ha embadurnado en previsión del eclipse...

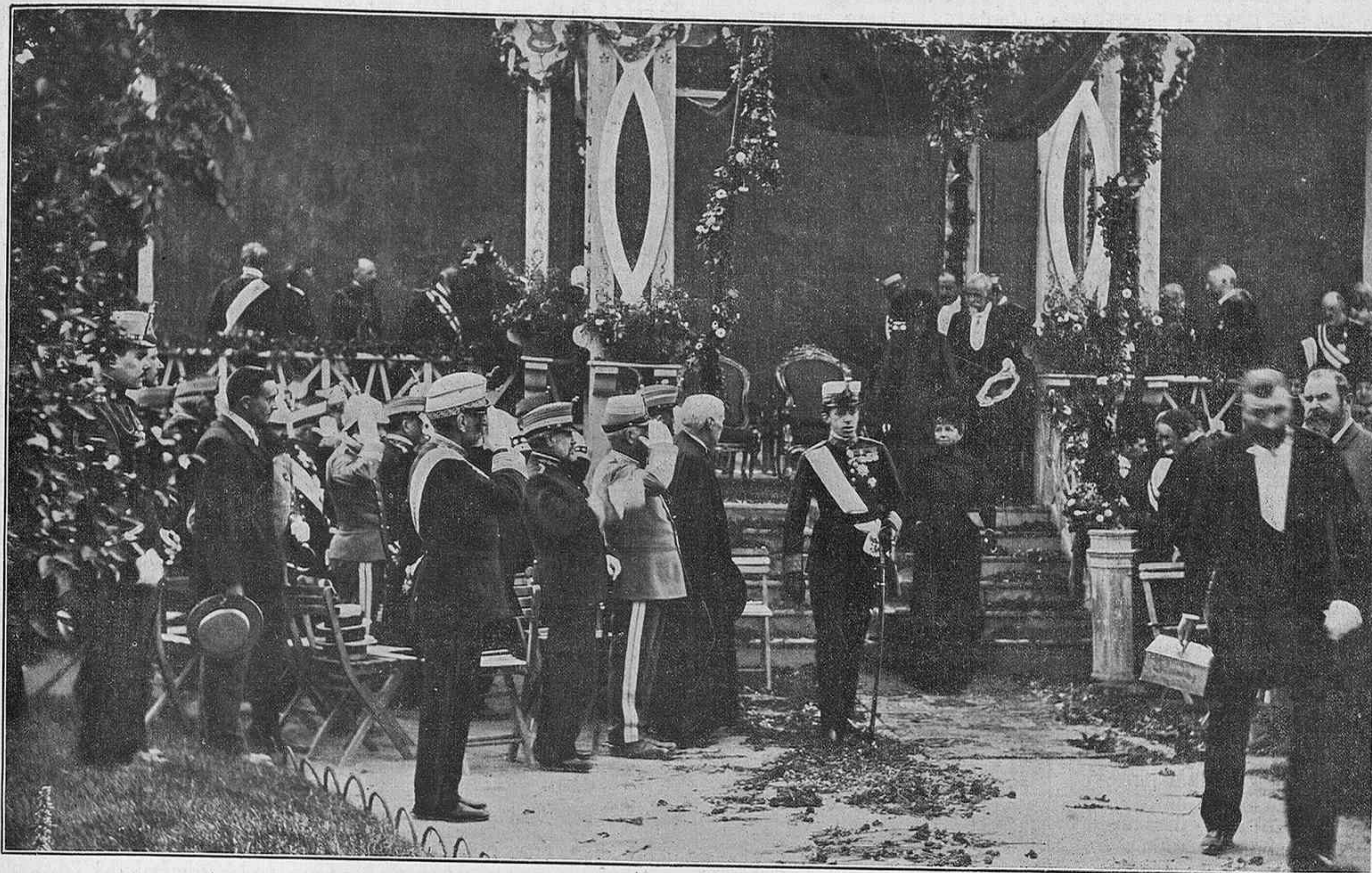
Pasado el fenómeno, nos sentamos al pie de los árboles; la lluvia, suspensa en el aire, amagaba sin caer, y los pobres pájaros asustados salían otra vez, ya tranquilos, de las frondas. No tenía nadie, en aquel momento, el menor impulso de volver á su faena; ni los trabajadores cogían la herramienta, ni yo quería asir la pluma. Púsemme á divagar mentalmente sobre estas crónicas, y me acordé de las cartas que con motivo de ellas recibí, que vienen sin firma y son, generalmente, efusiones de simpatía, de cordialidad. ¿No es muy natural que las agradezca? Todo testimonio de interés por mi labor, por esta labor no diré que del todo oscura, pero continua y modesta, de las letras, me dilata un poco el ánimo. Escribimos sin cautela, con espontaneidad, dejando siempre abierta una ventana del espíritu, por la cual (como suponen algunos astrónomos que sucede á las famosas manchas) se ve el fondo de nuestro sér. No cuidamos de ocultarlo, puesto que no exponemos negruras ni abismos; dejamos correr desenfadadamente la prosa; de fijo la hacemos así, en estilo doblemente propio y personal, mejor que si lo perfilamos y acicalamos para torneo de gala. Y cuando nos animan con el entusiasta elogio, con el saludo lleno de rendimiento, una paz alegre se infiltra en nuestro corazón, una convicción más ardorosa nos sostiene y empuja á trabajar tenazmente, siempre, hasta el último aliento, como si el escribir fuese, antes que ejercicio, función de un organismo en el cual resuenan todas las voces de lo exterior y en el cual todo adquiere forma artística...

Va á erigirse en Cádiz la estatua de Castelar. La ciudad ha comprendido la estrecha obligación que le imponía el ser madre de tal hijo. Y el Ayuntamiento, presidido por un conservador, ha tenido el buen gusto y la inteligencia de no acordarse de cómo pensaba en política el glorioso conterráneo, y coadyuvar al homenaje cuanto ha sido necesario y posible. Esto, Inés, ello se alaba, diremos con el poeta festivo; y en tono más grave, añadiremos que la estatua de Castelar, elevada por voto unánime á pesar de ser él un hombre político de definidas opiniones hoy proscritas, nos consuela de tantas estatuas de políticos borrosos aunque famosos, de los cuales, dentro de diez años, nadie recordará el apellido, no pudiendo las gentes olvidar el nombre de pila porque no lo habrán sabido nunca; porque esos personajes no habrán sido jamás, excepto para su distrito y su tertulia, *D. Emilio*, *D. Antonio*, los grandes *dones* ya desaparecidos.

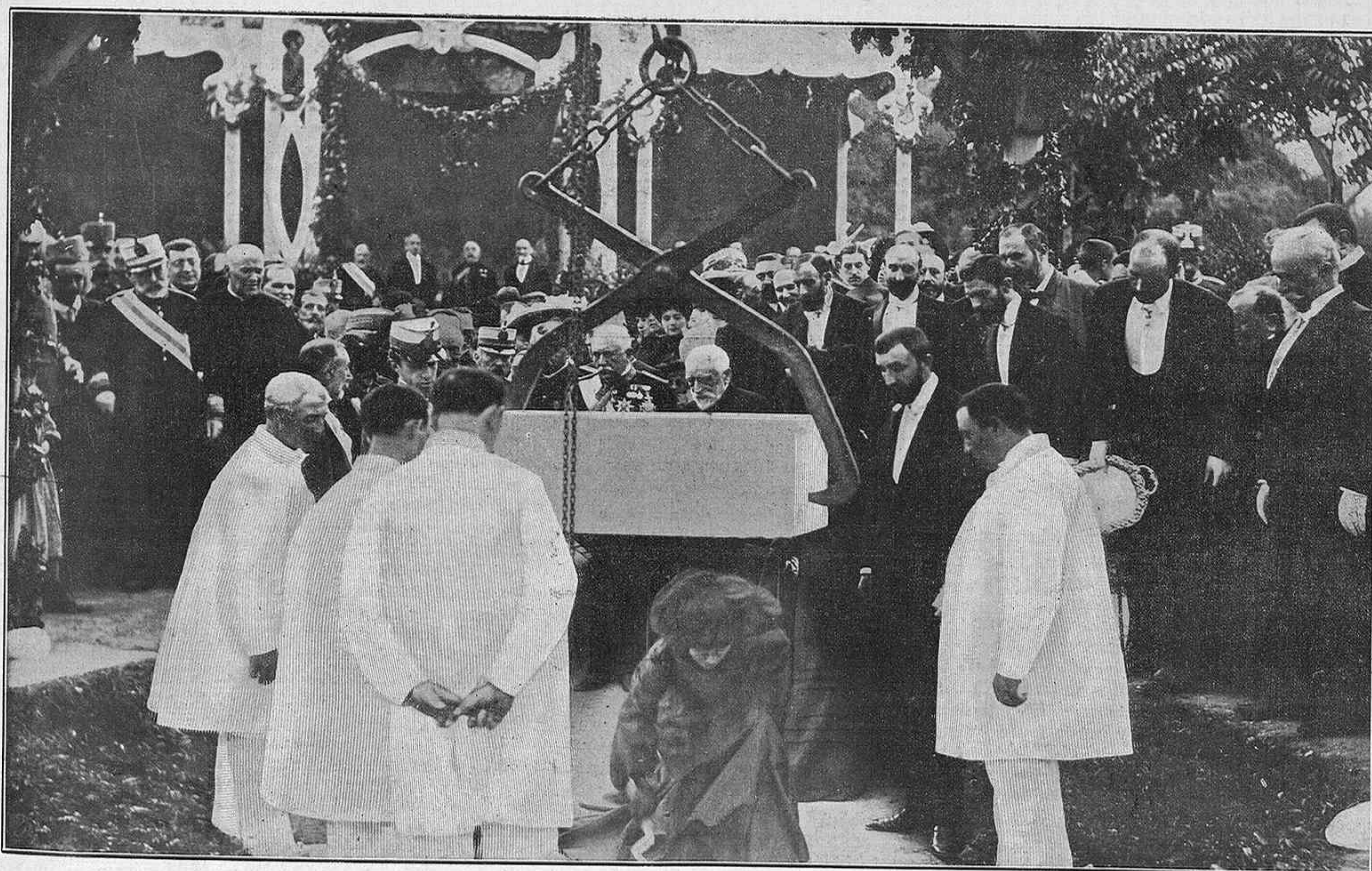
Si al ver á un señor de bronce ó de mármol hay que preguntar quién era..., ¡malo!, ¡malo! Y si, después de que se lo dicen á uno, hay que preguntar qué hizo el señor aquel..., ¡peor!, ¡peor! No sucederá así con *D. Emilio*...

EMILIA PARDO BAZÁN.

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BURGOS.—COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO DEL CID



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII ACOMPAÑADO DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA Y DE S. A. LA INFANTA DOÑA MARÍA TERESA DESCENDIENDO DE LA TRIBUNA PARA PROCEDER AL ACTO DE LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO DEL CID. — A LA DERECHA Y EN PRIMER TÉRMINO EL ALCALDE DE BURGOS LLEVANDO LA CAJITA QUE HA DE SER DEPOSITADA JUNTO Á LA PRIMERA PIEDRA. (De fotografía de Alfonso Vadillo.)



S. A. LA INFANTA DOÑA MARÍA TERESA ECHANDO LA PALETADA DE CAL EN EL HOYO EN DONDE HA DE COLOCARSE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO DEL CID. LA CEREMONIA SE EFECTUÓ EN LA PLAZA DEL CASTILLO, EN DONDE HA DE ERIGIRSE EL MONUMENTO, EN 29 DE AGOSTO ÚLTIMO, EN PRESENCIA DE LAS AUTORIDADES CIVILES, ECLESIAÍSTICAS Y MILITARES Y DE UN INMENSO GENTÍO, HABIENDO RESULTADO EL ACTO EN EXTREMO IMPONENTE. (De fotografía de Alfonso Vadillo.)

EL ANILLO DE DURGA

Declaro, antes de entrar en materia, que nada de lo que aquí relato es invención mía. Más ó menos fantástico ó ingenioso, lo oí de boca de persona respetable, y me aseguraba haber sido testigo presencial del lance.

La circunstancia de vivir todavía mi amigo me obliga á reservar su nombre y aun á desfigurar un tanto el retrato de su persona, bastante conocida en el mundo científico.

El doctor, tenía ese título en diversas facultades, era un viejecillo de aventajada estatura, embebida por el peso de los años, de frente despejada, que coronaban largos cabellos grises cayendo hasta los hombros, de ojos grandes, azules, de mirar cándido á través de los gruesos cristales de sus gafas de présbita.

Habitaba mi anciano amigo en el rincón de una provincia, y su casa, escondida en una callejuela apenas transitada, era para los habitantes del pueblo algo así como un antro misterioso, bien hallado con todo género de brujerías y maleficios. Suerte para el doctor que pasaron los tiempos de brujas y duendes, porque si no, lo sacan de allí cualesquiera justicias é inquisidores para socarrarlo en la plaza pública.

Y sin embargo, las contadas personas que habían pasado los umbrales del caserón, después de parlamentar con una vieja criada, única servidumbre del sabio, no ignoraban que éste era un alma de Dios. Un chillado por piedras y bichos raros, que recorrió el mundo en busca de ejemplares desconocidos, y pasó luego el resto de sus días descifrando inscripciones y catalogando lo adquirido é interpretado.

El despacho del sabio, los salones y galerías del caserón, hasta la escalera, estaban convertidos en un museo de botánica, de entomología y, sobre todo, de epigrafía. En esto, especialmente, tenía el viejo profesor una verdadera riqueza. Pedruscos, lápidas é inscripciones de monumentos religiosos, funerarios y laudatorios de las cinco partes del mundo; de Africa, de América, de la India, de los pueblos salvajes que circuyen los grandes lagos, de los monumentos aztecas é incas, de los tlezcas y mahorines, de las pirámides faraónicas y de los sepulcros coptos, de las mezquitas árabes y de las pagodas bengalíes, de todas partes había allí trozos auténticos y gráficos fieles.

Recorriendo con la vista aquellas enrevesadas escrituras que cubrían desde el zaguán hasta el despacho, podía leerse de corrido la historia de la humanidad. ¡Cuántas veces el anciano, al recibir mis visitas, cesaba en sus trabajos de traducción y de compulsión, y con entusiasmos juveniles, señalándome con el dedo índice los trozos de piedra que ornaban las paredes, iba reconstituyendo la historia de civilizaciones muertas!

Las distintas edades, la protohistoria y la prehistoria, el fuego y la piedra como elementos primordiales de la vida y como agentes únicos de progreso. Lo sobrenatural y lo suprasensible, como principio de toda religión, el Oriente y el Occidente, los pueblos del Norte, las diversas civilizaciones...

El viejo, febril, exaltado, animando los fríos pedruscos, para ir levantando al conjuro de su palabra, de su prodigiosa fuerza psíquica, los más desconocidos repliegues de la historia, era espectáculo que presencié varias veces y que no podré olvidar mientras viva. Su exaltación, su entusiasmo subía de punto cuando, impulsado sin freno por el camino de la especulación histórica, llegaba á la civilización inda, á la que había dedicado estudios especiales y continuados.

Hablando de las tierras bañadas por el Ganges y el Indo, de sus monumentos y leyendas, de los gémenes y desarrollo del budismo, religión que, según el doctor, encierra un alto espíritu filosófico, llegaba á decir que todo lo hecho posteriormente, hasta la edad moderna, sólo había sido un remedo desgra-

ciado de aquella otra edad, por más de un concepto heroica.

Lo que tuve ocasión de observar más de una vez fué que las excursiones históricas del doctor se detenían siempre al llegar al testero principal de su sala de trabajo, donde había algo que excitó poderosamente mi curiosidad desde el primer momento.

Se trataba de un trozo de damasco rojo, de unas dos varas en cuadro, que pendiente de una varilla, acodada por sus extremos, cubría la pared, como ocultando hueco, ventana ó cosa semejante. Y no era sólo el trozo de damasco lo que me intrigaba, sino que las mejores peroraciones del sabio las interrumpía para dirigir largas miradas á la roja tela,

rectangular. Llenaban la superficie de ésta, casi en su totalidad, extraños caracteres de alguna lengua oriental. Sólo en el centro un espacio libre dejaba ver incrustado en la piedra un grueso anillo de oro.

El doctor, de pie ante el extraño relicario, continuó expresándose del siguiente modo:

—No sé á qué inesperadas circunstancias se debe que yo haya descubierto esa cortina y le hable á usted de la manera que lo hago; prométame guardarme el secreto y sírvale de enseñanza cuanto me oiga.

Son de usted bien conocidas mis aficiones á la epigrafía; lo que no puede usted ni soñar siquiera son las luchas, los sinsabores, las amarguras que me han costado los pocos conocimientos que poseo de esta ciencia, todavía en su infancia.

En uno de mis viajes por la India hube de detenerme por algún tiempo en Cachemira, y entonces se me presentó la ocasión de apreciar que los conocimientos que en Europa tenemos de las lenguas arias son poquísimos, que las exegesis hechas de su espíritu son torpes interpretaciones; pues el idioma que mejor creemos conocer, el sánscrito, no es otra cosa que una mezcla bárbara, corrompida, y á cien leguas del puro y castizo.

Quise entonces hacer un estudio detenido y profundo de la lengua de los vedas, y separándome de las personas que me acompañaban en la expedición, organicé una por cuenta propia, para lo cual me hice guiar de un *shikari* y escoltar de varios soldados y porteadores del país.

De este modo visité Delhi, Durbán, la patria de Sakia-Muni, y otras ciudades importantes, empapándome no sólo de la lengua y literatura sánscritas, sino que también de las doctrinas esotéricas del budismo. Ya en las fronteras del Tibet, me detuve en las orillas del Jumma, río sagrado que da nombre á la ciudad cuyos muros baña. En las sagradas aguas báñase también la frontera occidental del templo de Durga, divinidad siempre solícita y pronta al desamparado.

Una noche, solo, pues el *shikari* se había quedado dormido en la ribera, llegué hasta las gradas del templo, que desde la columnata de afligranadas labores bajaban á sumergirse en las aguas del río.

La noche era clarísima; el cielo, de un azul intenso, parecía bruñido al fulgor de millones de estrellas. La luna, ya en su cenit, caía sobre la columnata del templo, formando contrastes bruscos entre la luz y la sombra. Banyanas gigantes entre lazaban sus ramas, dejando filtrar los rayos del astro de la noche sobre las aguas dormidas del río. Medio desvanecido por aquel espectáculo maravilloso, me dejé caer en una de las gradas del templo.

Entonces ocurrió un caso singular. Por entre las columnas de la mansión sagrada vi surgir una aparición ideal: era una mujer de soberana hermosura. Su rostro pálido tenía reflejos de oro, centelleaban sus rasgados ojos negros, palpitaban sus labios rojos con hálito de vida, y las purísimas líneas de su divino cuerpo apenas si se ocultaban por una túnica fina, transparente, que en pliegues pentélicos le caía hasta los pies. Un gran chal de tejido vaporoso cubrirla también desde los hombros, formando á su alrededor vaporoso nimbo. De sus orejas pendían grandes arracadas de oro, y sus brazos desnudos, admirablemente modelados, prisioneros estaban en anchas ajorcas de oro, sobre las que brillaban, incrustados, diamantes, perlas y rubíes.

Todo esto lo vi en un instante; quise hablar y no acerté á que mis labios pronunciaran palabra alguna. Entretanto la divina aparición descendía por las gradas del templo, escoltada por los rayos de la luna que le prestaban luminoso cortejo.

No puedo asegurarlo, pero me pareció que los labios de aquella divina estatua se abrieron y una voz suave, que podía confundirse con las caricias de la brisa en la arboleda, me dijo estas ó parecidas palabras:

—Detente, extranjero, y no profanes este sagrado recinto. Es inútil que intentes descifrar secretos á



Estudio, dibujo de G. de Grau

como en demanda de inspiración ó asentimiento.

Varias veces estuve tentado de preguntarle qué significaban aquella tela y aquellas miradas: siempre el respeto al anciano pudo más que mi curiosidad.

Un día, sin embargo, el doctor, más exaltado que de ordinario, me hablaba de sus exploraciones en la India, explicándome la liturgia budista con las traducciones sánscritas que habían llegado á sus manos. De pronto calló; fijos sus ojos en la cortinilla roja, aparecía como embebecido en un éxtasis sobrenatural.

No sé por qué, mi curiosidad adormecida sintióse aguijoneada de nuevo. Casi maquinalmente hice la pregunta:

—Doctor, ¿detrás de esa cortina qué hay?

Más que contestando á mis palabras, oponiéndose á un movimiento mío, el anciano se levantó, gritando:

—¡No toque usted! ¡No toque usted!

Después, lentamente, sacudido el cuerpo por un temblor nervioso, fué diciendo:

—Es una historia inverosímil; será usted el único que la conozca, y sin embargo, encierra una profunda enseñanza.

Mientras, descubierto el rojo tapiz, quedó al descubierto un ancho marco de roble, que bajo grueso cristal encuadraba una piedra funeraria de forma

los que no llegaré jamás la inteligencia de los hombres, tan soberbia como miserable. Sigue, sigue tu camino; no intentes desafiar la ira de los dioses.

Al reponerme de la emoción que el inesperado suceso me produjo, la dulce visión había desaparecido.

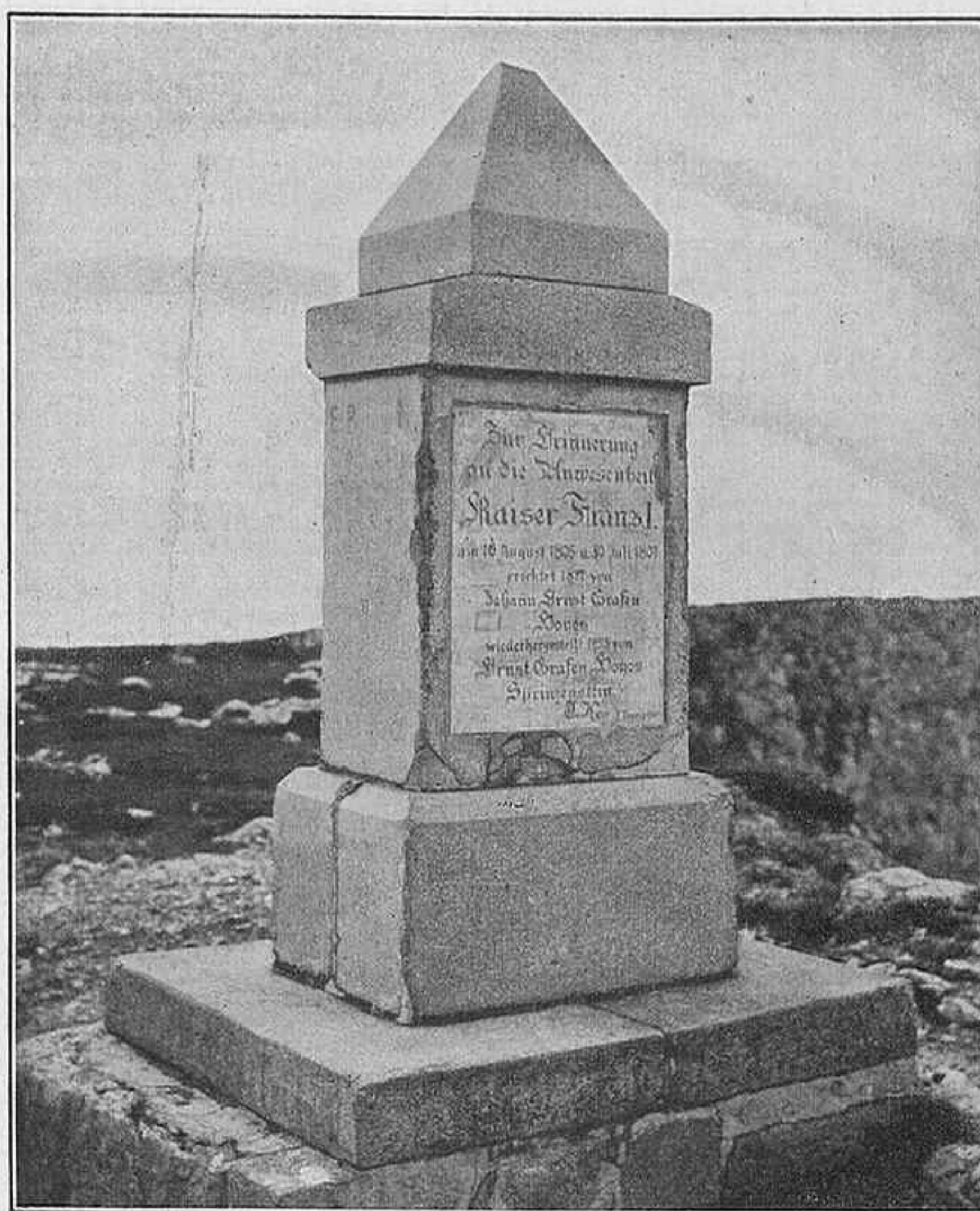
Como loco subí las gradas del templo, me interné en sus muertas soledades, recorrí los alrededores: nada. El silencio más absoluto.

La luna seguía iluminando calladamente los árboles, el río, las piedras del sagrado monumento; ni vestigios del hermoso ensueño por parte alguna.

El día me sorprendió en las orillas del divino Jumma. De nuevo visité los alrededores, sin que mis pesquisas alcanzaran mejor fortuna que en la pasada noche.

Desesperado volví sobre mis pasos en busca del *shikari* que me acompañaba, cuando de entre mis plantas surgió un reflejo que me detuvo. Adosada á la escalinata del templo, sirviendo como de revestimiento á la grada inferior, que lamían las ondas del Jumma, estaba esa piedra—dijo el doctor señalando la que encerraba el marco de roble—que en su centro aprisionaba un áureo anillo. Más que éste llamaron mi atención las inscripciones que lo rodeaban, trazadas en caracteres para mí desconocidos. Cuanto hice para descifrarlos resultó inútil.

Arrancada de su engaste de siglos la sagrada lápida, la traje á Europa. Mis trabajos para conocer el significado de los misteriosos signos, tan desgraciados han sido aquí como en las orillas del Jumma; he remitido calcos á todas las Academias del mundo, á los epigrafistas más ilustres, y todos saben lo mismo que yo; que no saben una palabra.



Piedra conmemorativa erigida en la cúspide del Schneeberg á la memoria del emperador FRANCISCO I DE AUSTRIA. (Fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

Ya tiene usted explicada mi veneración á esa reliquia del misterio.

No sé si aquella maravillosa aparición del templo de Durga fué sueño ó alucinación; lo que sí tengo es la certeza de las palabras que repercuten en mi cerebro cada vez que levanto los ojos hacia esa sagrada piedra:

—Es inútil que intentes descifrar secretos á los que no llegará jamás la inteligencia de los hombres, tan soberbia como miserable.

EMILIO DUGI.

EL CENTENARIO

DE LA DEFINICIÓN EXACTA DE LA POSICIÓN DEL SCHNEEBERG

En agosto de 1805, durante el reinado del emperador Francisco I, se definió exactamente la posición del monte Schneeberg, que forma parte de los Alpes de la Baja Austria y cuya cúspide se eleva á la altura de 2.075 metros.

La cumbre del Schneeberg (Monte de las Nieves) está siempre cubierta de nieve y al pie del mismo se extienden riquísimas canteras de greda.

Para conmemorar el centenario de la mencionada fecha, el Turing Club Austriaco ha celebrado varias fiestas, entre ellas una excursión á la cima del Schneeberg, en donde hay un sencillo monumento conmemorativo de aquel hecho y desde donde se ha tomado por vez primera la preciosa fotografía panorámica del valle del Buchberg, que con la del monumento adjunta reproducimos. Por ellas puede formarse perfecta idea de la hermosa vista que desde la cúspide de aquella montaña se descubre y de la importancia de las canteras que ocupan el fondo del valle.—X.



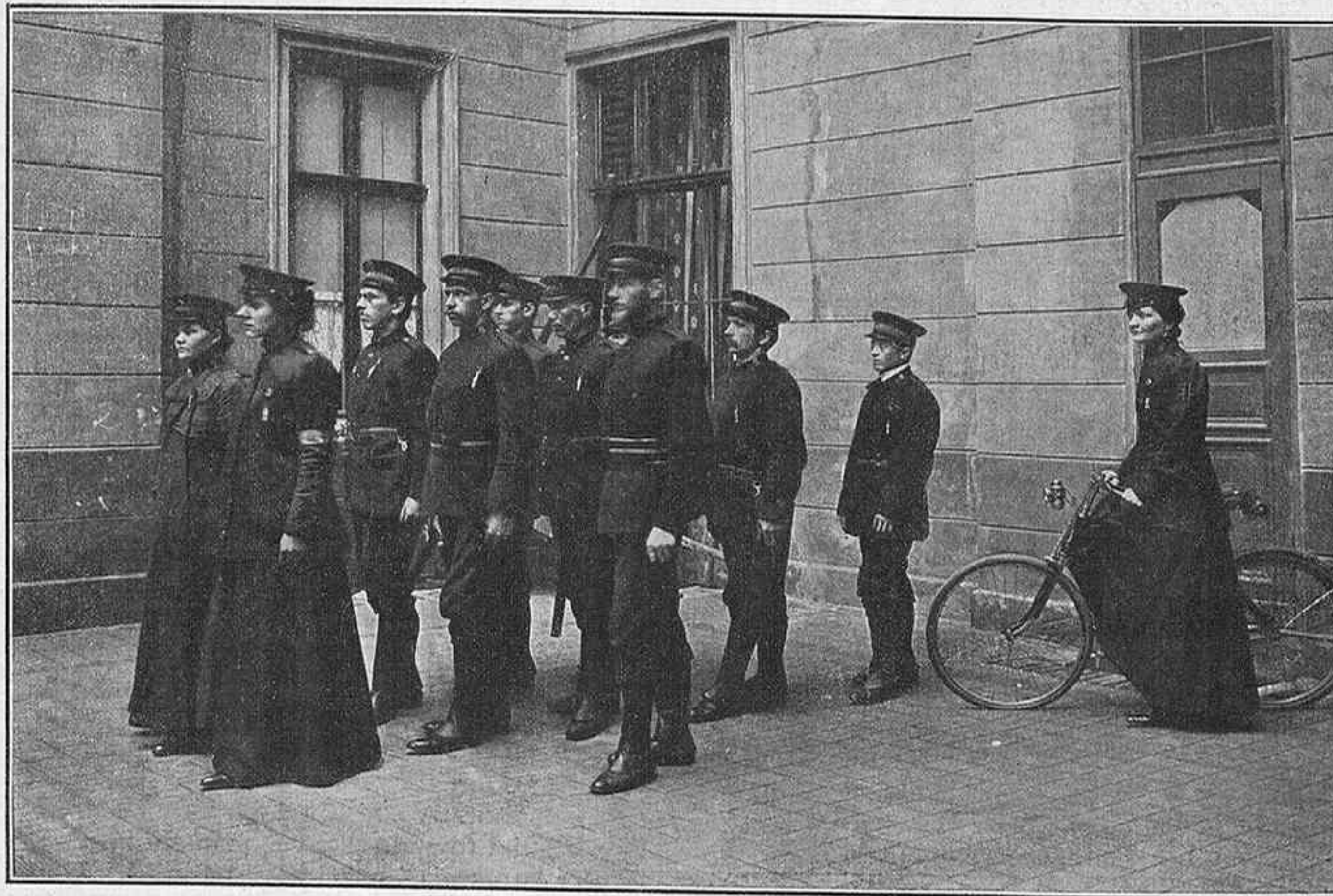
FIESTAS JUBILARES DEL TOURING-CLUB AUSTRIACO PARA CONMEMORAR EL 100.º ANIVERSARIO DE LA DEFINICIÓN EXACTA DE LA POSICIÓN DEL SCHNEEBERG Y DE SUS CANTERAS DE GREDA (GYPS) QUE SE REALIZÓ EN EL MES DE AGOSTO DE 1805, DURANTE EL REINADO DEL EMPERADOR FRANCISCO I DE AUSTRIA. —VISTA DEL VALLE DEL BUCHBERG TOMADA DESDE LA CUMBRE DEL SCHNEEBERG. Primera fotografía que se ha obtenido del mismo. (Fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)



BERLÍN

LA NUEVA BRIGADA PARA SOCORRER Á LOS BORRACHOS

En la capital de Alemania se ha creado recientemente una brigada destinada exclusivamente á soco-



BERLÍN. — LA NUEVA BRIGADA PARA SOCORRER Á LOS BORRACHOS. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.^o)

rrer, recoger y conducir á sus domicilios á las personas que, habiendo abusado del alcohol, no pueden volver á su casa por su propio pie y que después de haber andado largo trecho haciendo esos acaban por dar con su cuerpo en el suelo y quedarse como una masa insensible é inerte.

La brigada se compone de tres guardias hembras y de varios varones debidamente uniformados y provistos de algunas bicicletas. Por cierto que el uniforme femenino tiene muy poco de estético, sobre todo la gorra que resulta de un efecto deplorable; y aunque para los servicios que han de prestar las que lo llevan no se requieren grandes galas ni elegancias, y aunque los infelices á quienes han de auxiliar no se hallan en estado de apreciar las cualidades externas de las mismas, no habría sido difícil encontrar un figurín que á su sencillez y comodidad uniera cierta gracia, siquiera para que su vista no chocara tanto á los que las ven actuar desde la barrera, es decir, libres de la acción del vino ó de la cerveza.

De todos modos la institución es digna de elogio porque tiene un fondo eminentemente humanitario, ya que en vez de considerar al borracho como una cosa despreciable á la que se puede hacer objeto impunemente de repugnantes burlas ó de tratos crueles, ve en él á un desgraciado digno de ser atendido con solicitud y tratado como á prójimo nuestro.

REPRESENTACIÓN
DE LA
ÓPERA «HERETIQUES»
EN LAS
ARENAS DE BEZIERS

En las Arenas de Beziers se estrenó el día 27 de agosto último, con grandísimo éxito, esta ópera en tres actos, poema de Fernando Harold y música de Carlos Levadé.

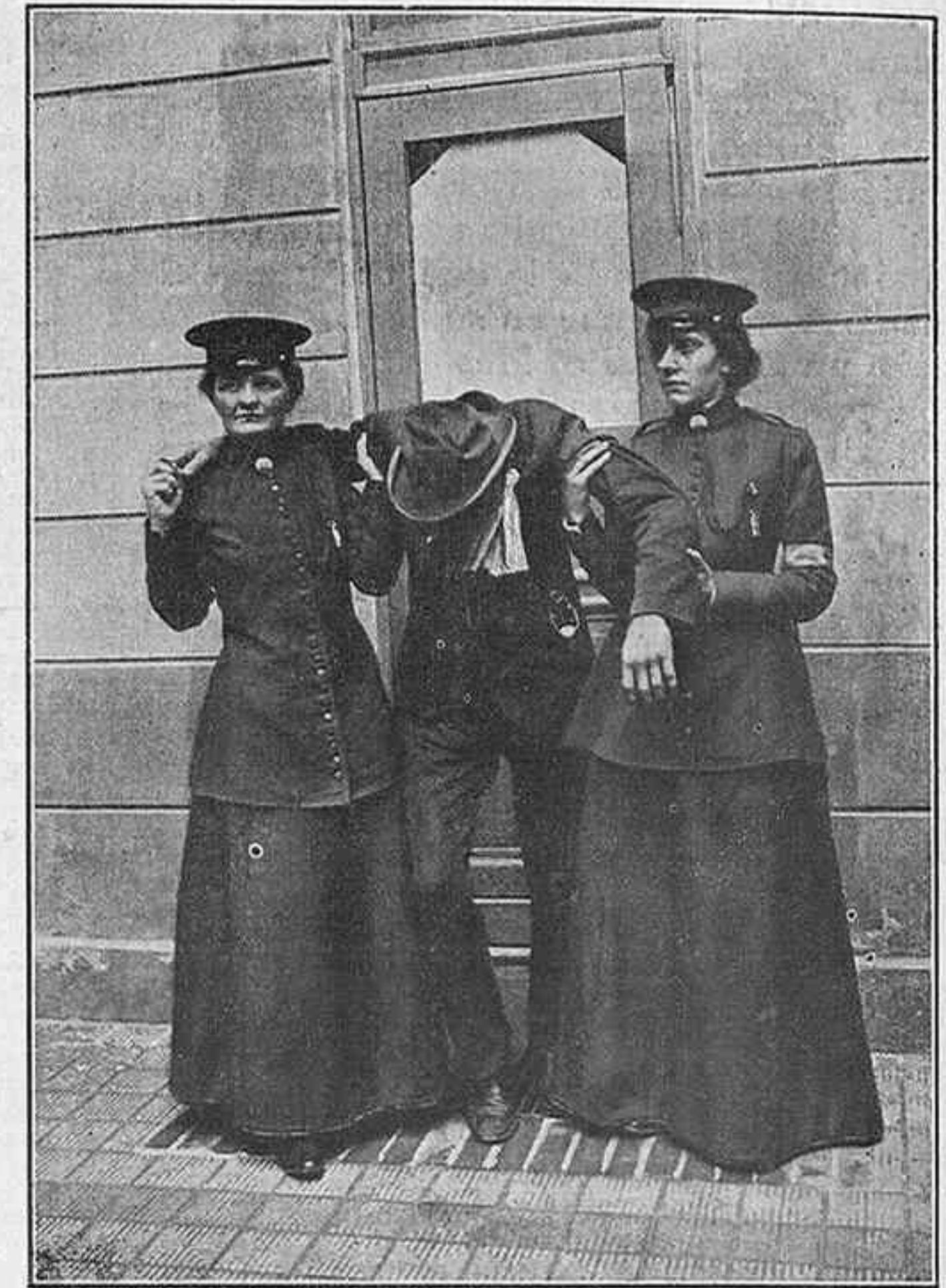
La acción de la obra se desarrolla en Beziers en 1209, durante la guerra de los Albigenses, y su argumento es como sigue:

Acto primero.—En la plaza mayor de Beziers varios hombres del pueblo levantan mástiles y los adornan con flámulas mientras algunas muchachas

cia para su esposo, á quien ama, á pesar de todo; pero sus súplicas son vanas: sólo será respetado el rebelde si implora perdón de rodillas. Belisenda sorprende en amoroso coloquio á Rogerio y á Dafné y dirigiéndose al conde le dice la suerte que le espera si no se entrega á discreción y le ruega que ceda; pero Rogerio, seducido por aquella otra mujer, desoye sus lamentos. Los histriones y las bailarinas celebran á Ceres, á Baco y á Venus, y la voz del legado maldice á la regocijada muchedumbre.

Acto tercero.—Suena el estrépito de la batalla fuera de las murallas de Beziers. Rogerio defiende en vano la libertad, el amor, la alegría; herido por Simón de Montfort, sucumbe, y Belisenda, convertida á la fe de su marido y desfallecida de amor y de gozo, se hiere con un puñal y cae al lado de éste, mientras Dafné los bendice. Termina la obra con la entrada de los sitiadores y el saqueo de Beziers.

Esta tragedia clara, vehemente, henchida de amor



BERLÍN. — Dos guardias femeninas de la nueva brigada auxiliando á un borracho. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.^o)

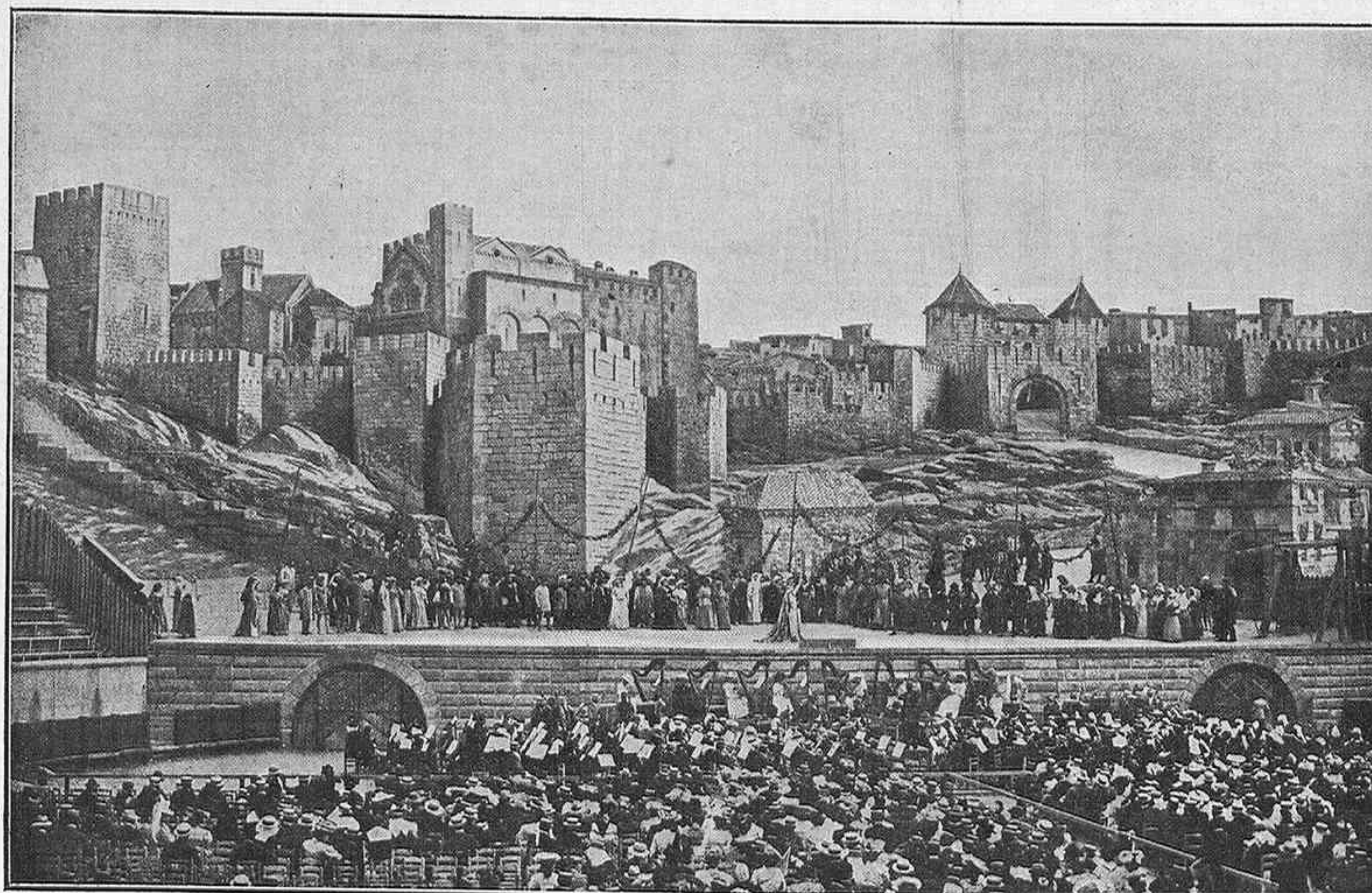
los cubren de flores. El caballero Aubry comparte la alegría del pueblo y maldice á los monjes cuando aparece la abadesa Almelys, alma sombría y mística, que en su odio á todo lo que es alegría, anatematiza á aquellas gentes pacíficas que la escuchan sorprendidas. Belisenda, hermana de Almelys y esposa de Rogerio, conde de Beziers, se indigna también porque su marido hace causa común con aquellos herejes, amantes de la naturaleza, y como le ama, su corazón sufre gran tormento. Preséntase Rogerio, que anima á sus vasallos para que se regocijen pacíficamente, y Belisenda, irritada por tanta impiedad, rechaza su amor. Desesperado Rogerio, busca distracción en la compañía de unos histriones, entre los cuales brilla la hermosa Dafné, á quien el conde declara su amor. En esto, el nuncio del papa lanza, á su vez, el anatema contra aquellas fiestas bárbaras. Rogerio cedería, pero Dafné, símbolo de la vida alegre y libre, le arrastra á regocijarse con el pueblo.

de hermosos entusiasmos, se prestaba admirablemente á una adaptación musical; la que le ha puesto el joven compositor Carlos Levadé es una de las mejores producciones de la joven escuela francesa. La partitura tiene más de ópera que de drama lírico y en ella prevalece el procedimiento melódico, revelando en su autor una inspiración fresca y elegante al par que un dominio completo en el manejo de las voces así aisladas como combinadas entre sí y en grandiosos conjuntos.

Con los autores de *Heretiques* ha compartido el éxito que ha obtenido la obra M. Castelbon de Beauhostes, el fundador del teatro de las Arenas de Beziers, que ha montado la obra de un modo realmente espléndido, no omitiendo para ello medio ni esfuerzo alguno.

Acto segundo.—Simón de Montfort y el legado pontificio ponen sitio á Beziers. Belisenda pide gra-

muy bien cantada por las señoras Strassy (*Belisenda*), Mazarin (*Dafné*) y Chartoud (*Almelys*) y por



BEZIERS. — REPRESENTACIÓN EN LAS ARENAS DE LA ÓPERA «HERETIQUES», poema de Fernando Harold, música de Carlos Levadé, estrenada el día 27 de agosto último. (De fotografía.)



BARCELONA. — ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN DE LA BOMBA OCURRIDA EN LA RAMBLA DE LAS FLORES EL DÍA 3 DE LOS CORRIENTES
LA COMITIVA FÚNEBRE EN LA RAMBLA DE SANTA MÓNICA. (De fotografía de A. Merletti.)

A la una y cuarto del domingo 3 de los corrientes, cuando mayor era la concurrencia en la Rambla de las Flores, estalló una bomba en aquel paseo, uno de los más típicos de nuestra ciudad. A consecuencia de la explosión fallecieron dos señoritas, las hermanas D.^{as} Rosa y D.^a Josefa Rafá, y quedaron heridas más ó menos gravemente multitud de personas. No hemos de comentar este hecho vandálico, ni hemos de protestar contra tamaño salvajismo. ¿Para qué?

El mejor comentario, la mejor protesta la hizo el pueblo en masa de Barcelona el día del entierro de las infelices víctimas. Fué una manifestación grandiosa, imponente, de la que apenas da idea la adjunta fotografía, y en la cual á los ojos de todos asomaban lágrimas de piedad y de todos los labios brotaban acentos de vergüenza y de indignación, demandas de amparo y justa defensa á quien puede y debe defendernos, é imprecaciones de odio y venganza contra los que hieren á mansalva á seres inocentes, y tienen á nuestra hermosa y querida capital en alarma y peligro constantes.

¡Que Dios haya acogido en su seno á las víctimas del incalificable atentado!

los señores Duc (*Rogelio*), Dufranne (*Simón de Montfort*), Vallier (*Legado pontificio*) y Billot (*Aubry*), y admirablemente ejecutada por una orquesta de 250 profesores bajo la dirección de M. Nussy Verdié y por un cuerpo de coros de 250 individuos y un numeroso cuerpo de baile.

La decoración, obra del eminente escenógrafo Jambón, es de un efecto magnífico según puede verse en la fotografía que en la página anterior reproducimos.

LA PAZ RUSO-JAPONESA

Ya los plenipotenciarios rusos y japoneses han firmado el tratado de paz que ha puesto término á las negociaciones de Portsmouth y á la guerra del Extremo Oriente.

Consta el tratado de un corto preámbulo en el que se recuerda el nombramiento de los plenipotenciarios, á instancias del presidente Roosevelt, á fin de llegar á un acuerdo que dejase á salvo el honor de la bandera, y de 17 artículos, de cada uno de los cuales vamos á dar un extracto.

ART. 1.º—Se estipula la terminación de la guerra y el restablecimiento de la paz y amistad entre ambos imperios y se consigna que un tratado especial determinará las relaciones privadas y comerciales entre los mismos.

ART. 2.º—Rusia reconoce los intereses preponderantes del Japón en Corea y que éste, por consiguiente, podrá ejercer allí los derechos de vigilancia, protección é intervención; y el Japón declara que los súbditos y las empresas rusas establecidos en Corea gozarán de los mismos derechos y privilegios que los súbditos y las empresas de las naciones más favorecidas. El Japón podrá adoptar las medidas necesarias para asegurar su intervención y Rusia renuncia á toda tentativa á ejercer actos políticos en Corea y sanciona los realizados por el Japón durante la guerra.

ART. 3.º—Se dispone la evacuación simultánea por los rusos y los japoneses de todos los territorios que ocupan en la Mandchuria, y se dictan reglas acerca del modo como dicha evacuación debe efec-

tuarse, de la manera de garantizar los intereses adquiridos allí por sus respectivos súbditos antes de la guerra; se dispone la entrega de las poblaciones á los mandarines chinos, y se declaran latrofaciosas las partidas de Kung-huses, obligándose Rusia y el Japón á perseguirlas y desarmarlas.

ART. 4.º—Rusia cede al Japón todos sus derechos en la península de Liao-Tung y el Japón se obliga á cuidar de que sean respetados los derechos de los súbditos rusos en ella establecidos.

ART. 5.º—Se establece la igualdad comercial entre todas las naciones en la Mandchuria, comprometiéndose Rusia y el Japón á no poner obstáculo á las medidas que cada nación adopte para el desarrollo de su industria y de su comercio en aquel territorio.

ART. 6.º—El ferrocarril mandchuriano se repartirá entre Rusia y el Japón en Kuang-Chen-Tse y los dos ramales sólo se utilizarán para fines industriales y comerciales, respetándose, empero, los derechos adquiridos por China y por empresas particulares.

ART. 7.º—Rusia y el Japón se comprometen á enlazar sus respectivos ramales en Kuang-Chen-Tse.

ART. 8.º—Los dos ramales se explotarán de manera que no dificulten el tráfico por los mismos entre ambas naciones.

ART. 9.º—Rusia cede al Japón la parte meridional de la isla Sakhalín hasta el grado 50, debiendo quedar asegurada la libertad de navegación por los estrechos de La Perouse y de Tartaria.

ART. 10.º—Determina la situación en que quedarán los súbditos rusos en la parte Sur de la isla Sakhalín, reservándose el Japón el derecho de expulsar á los deportados rusos.

ART. 11.º—Rusia se compromete, de acuerdo con el Japón, á reglamentar y reconocer á los japoneses el derecho de pesca en aguas rusas y del mar del Japón.

ART. 12.º—Rusia y el Japón se comprometen á renovar el tratado de comercio que existía antes de la guerra sobre la base de la nación más favorecida.

ART. 13.º—Ambas naciones se comprometen en restituirse los respectivos prisioneros pagando una y

otra los gastos de manutención que habrán de ser debidamente justificados.

ART. 14.º—El tratado se redactará en francés y en inglés: el texto francés será para los rusos y el inglés para los japoneses; en caso de dificultades de interpretación hará fe el texto francés.

ART. 15.º—La ratificación del tratado por ambos soberanos se hará en el plazo de 50 días. Los embajadores de Francia y de los Estados Unidos serán intermediarios entre los gobiernos de Rusia y del Japón y les anunciarán la ratificación por telégrafo.

Siguen dos artículos adicionales; por el uno se concede un plazo de 18 meses para la evacuación de la Mandchuria y disponiendo que sólo podrán dejar ambos ejércitos 15 soldados por kilómetro para custodiar la vía férrea; por el otro se estipula que una comisión especial efectuará sobre el terreno la delimitación de la isla Sakhalín.

A las tres y cuarenta y siete minutos de la tarde del día 5 pusieron los plenipotenciarios sus firmas en el tratado, en medio de un silencio solemne y en presencia de algunos personajes norteamericanos, entre ellos el almirante Piercé, el capitán Mead y el gobernador Winslow. En seguida M. Witte se levantó y fué á estrechar la mano del barón Komura, mientras todos los demás que presenciaban la escena permanecían de pie profundamente emocionados, al mismo tiempo que en el Arsenal se disparaba una salva de 18 cañonazos y se echaban á vuelo todas las campanas de la ciudad.

El barón Rosen, dirigiéndose al barón Komura, le expresó en nombre de los delegados rusos la satisfacción que sentían por haber firmado el tratado de paz; el barón Komura le contestó en términos análogos.

Y después de beber juntos los plenipotenciarios una copa de champaña, se despidieron cordialmente y salieron del Arsenal.

Los rusos se dirigieron á un templo ortodoxo para asistir á una función religiosa dispuesta expresamente en acción de gracias por la terminación de la guerra.—R.



HOGAR APACIBLE, cuadro de Adolfo Echtler

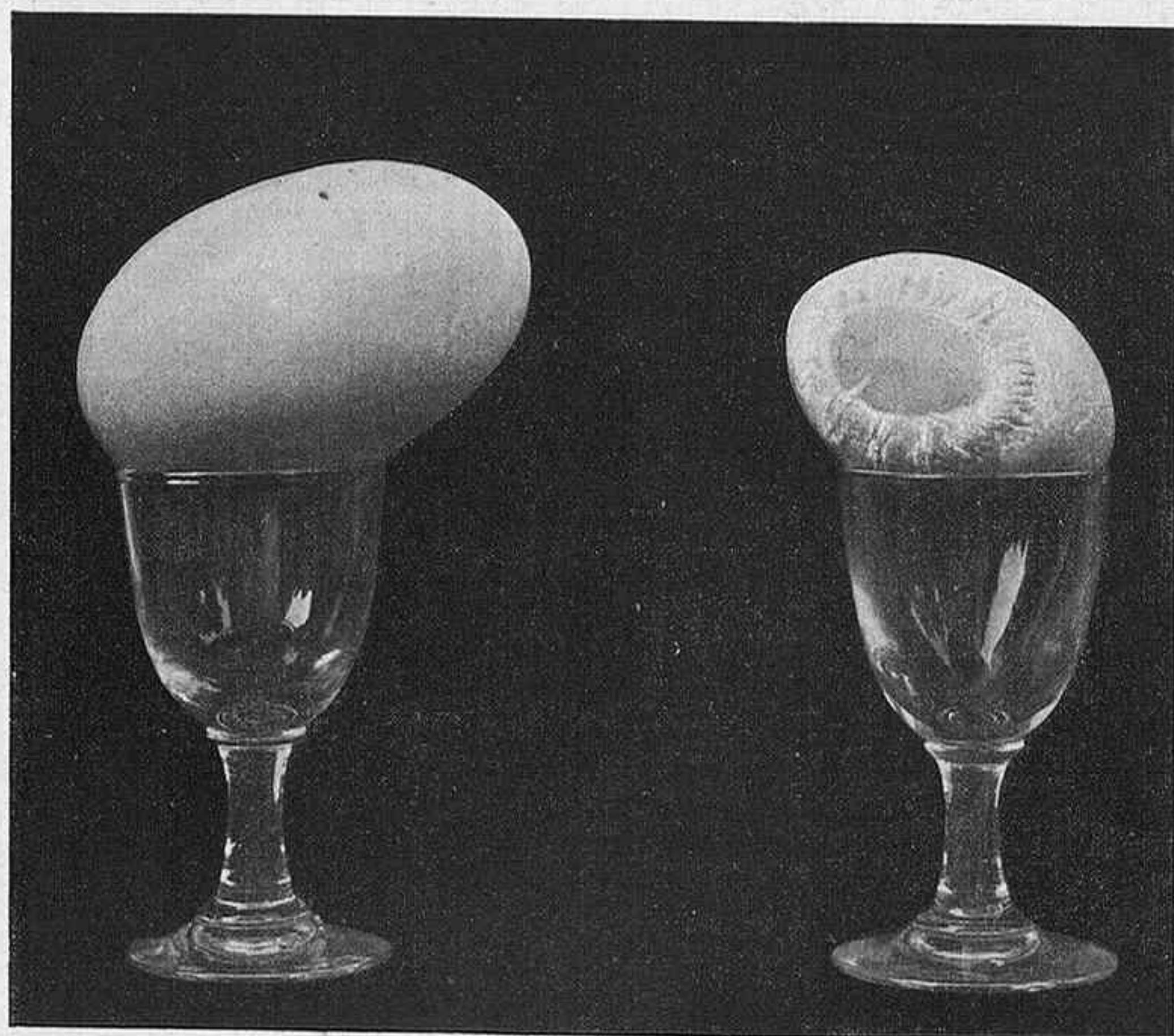


INOCENCIA, cuadro de Eugenio Prati

UN HUEVO RARO DE GALLINA

PUESTO EN BARCELONA DURANTE EL ECLIPSE DE SOL DE 30 DE AGOSTO ÚLTIMO

Que se trata de un huevo raro, es indudable; que el huevo fué puesto por una gallina en el momento



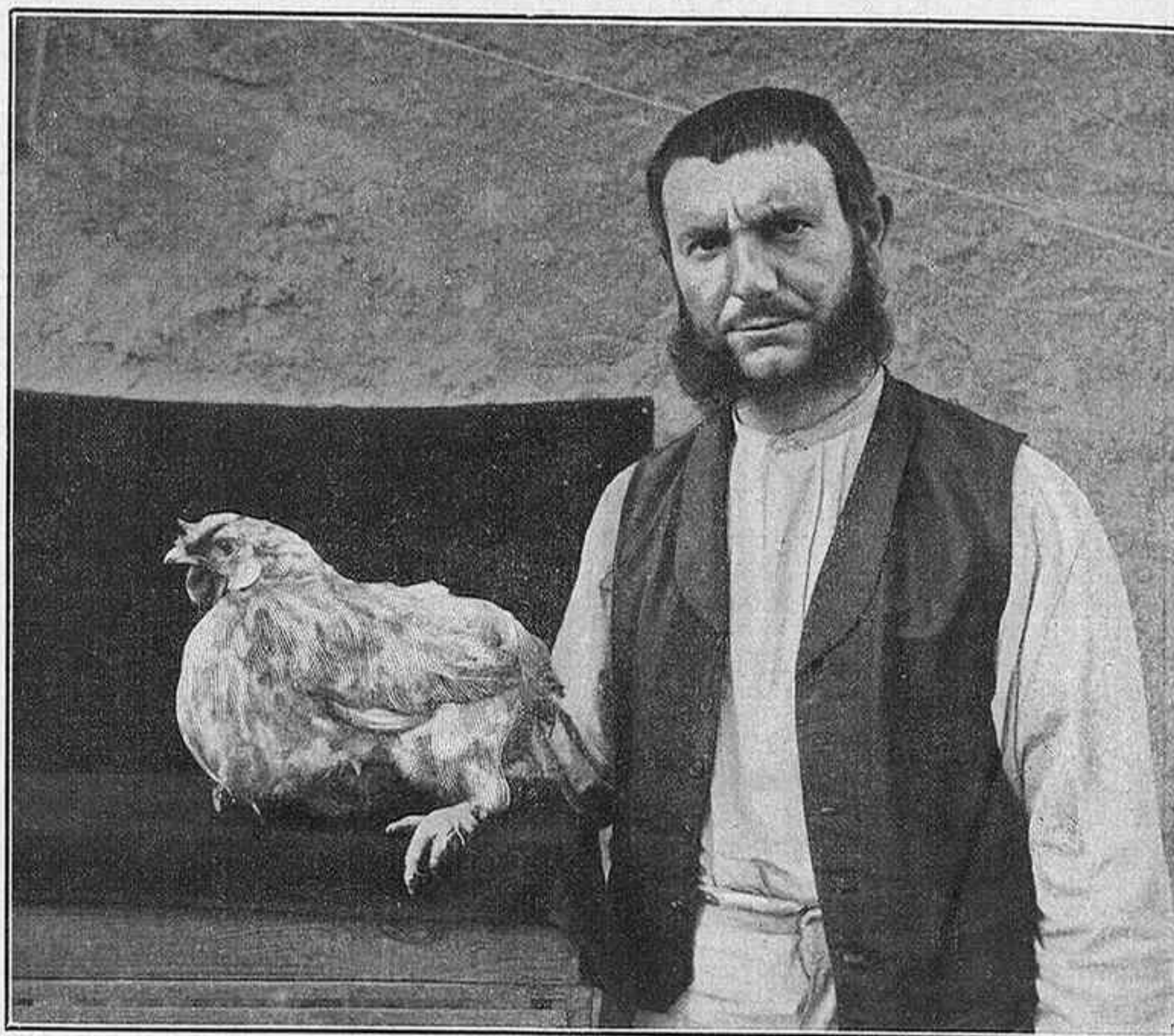
Huevo normal de la gallina. Huevo puesto por la misma durante el eclipse

EL EMINENTE TENOR FRANCISCO TAMAGNO

El gran tenor italiano que durante tantos años entusiasmó al público en los más importantes teatros del mundo, y que cual otro ninguno encarnó el personaje de *Otello* que para él creó Verdi, murió el 31 del pasado agosto, en su magnífica quinta situada

En aquel entonces confirmó su valía excepcional como cantante y se reveló como artista: la interpretación del personaje creado por Shakespeare valió á Tamagno colosales triunfos, bajo ambos conceptos, en los más importantes teatros del mundo.

Tamagno ha muerto rico, dejando una fortuna de seis millones de francos.—X.



Gallina que puso el huevo raro durante el eclipse, y su propietario Mucio Guardia

HUEVO RARO PUESTO POR UNA GALLINA DURANTE EL ECLIPSE DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO. (De fotografía de A. Merletti.)

del eclipse, lo aseguran personas que merecen crédito; que esta gallina pone ordinariamente los huevos iguales á los de cualquiera otra, también es cierto. Pero, ¿consiste la rareza en que la deformidad del huevo reproduce la imagen que ofrecía el sol cuando se interpuso entre él y nosotros el disco de la luna, por encima del cual se ven asomar los rayos del astro rey? Así lo afirman algunos, que han llegado á ver en el huevo en cuestión hasta el fragmento del sol que quedó por ocultar. Otros, más excépticos, niegan tales visiones y dicen que se trata simplemente de un huevo teratológico de escaso interés y que se necesita muy buena voluntad para ver en él la imagen del eclipse.



EL EMINENTE TENOR FRANCISCO TAMAGNO fallecido en Varese (Italia) en 31 de agosto último (de fotografía)

De todos modos, el hecho ha dado que hablar y nosotros, sin afirmar ni negar nada, nos limitamos á reproducir, á título de curiosidad y de actualidad, el huevo en cuestión fotografiado junto con otro normal, procedente de la misma gallina, para que puedan verse las diferencias entre ambos, y el retrato (?) de la gallina que ha puesto el huevo y el de su propietario D. Mucio Guardia, vecino de esta ciudad, á quien, según parece, se ha ofrecido una cantidad no despreciable por el que algunos llaman ya el *huevo del eclipse*.

en los alrededores de Varese, después de luchar con una larga enfermedad contra la cual nada ha podido su vigorosa naturaleza.

Tamagno, como casi todos los más famosos cantantes, era de origen humildísimo; era hijo de un modesto posadero de Turín, en donde nació en 1851. Lo mismo él que sus catorce hermanos, todos estaban dotados de una voz hermosísima, heredada de su padre que, según dicen, la tenía aún mejor que todos ellos. Comenzó cantando en una sociedad de jóvenes aficionados, y habiendo ido á aprender canto al Liceo musical, el maestro Pedrotti, aunque enamorado de su voz, hubo de decirle en vista de sus escasas aptitudes artísticas que, perseverando en el estudio, podría llegar á ser con el tiempo un buen corista.

Como corista entró entonces en el teatro Regio de su ciudad natal, y allí le ocurrió ese caso providencial que á tantos artistas ha sacado de la nada para encumbrarlos luego al pináculo de la gloria. Cantábase en aquel coliseo *Poliuto*, de Donizetti, cuyo protagonista desempeñaba el célebre tenor Mongini. Un día cayó enfermo el segundo tenor, y no teniendo de quien echar mano para sustituirle, el propio maestro Pedrotti, el que tan mal había augurado del porvenir de Tamagno, pensó en éste y llamándole le preguntó si se sentía con ánimo para aprender á escape la *particella* que quería encomendarle. Tamagno contestó afirmativamente y se puso á estudiar con entusiasmo. La *particella* no era muy larga ni difícil, pero había en ella una frase que se prestaba mucho para hacer gala de una voz poderosa, la frase

L'anima no, che l'anima è di Dio.

—No se trataba—decía Tamagno guiñando el ojo al referir más tarde este episodio—más que de hacer una pequeña traición á Donizetti, una *puntatura* en *si* sobre el *Dio* final. Fué una idea que me sugirió un amigo.

La frase aquella produjo en el público un efecto extraordinario.

Desde entonces su fortuna era segura. Desde que debutó como primer tenor en el teatro Bellini de Palermo en 1873, hasta que ha muerto, su carrera ha sido una serie de triunfos no interrumpidos y siempre en progresión ascendente. Barcelona puede decirse que fué una de las primeras ciudades que contribuyeron á su fama y aún recuerdan los aficionados las ovaciones que alcanzó en el Liceo cantando, entre otras, *Poliuto*, *L'Africana* y *Don Carlos*.

Faltábale á Tamagno dominar al público con sus cualidades artísticas, muy deficientes en él en aquel entonces, como lo dominaba con su canto; el eminente tenor se propuso conseguirlo y lo consiguió cuando, bajo la dirección de Verdi, estrenó *Otello*.

Necrología.—Han fallecido:

P. Enrique Suso Denifle, sabio dominico austriaco, ex director general de su orden en Alemania, subarchivero del archivo del Vaticano, autor de *La vida espiritual. Florilégio de los místicos alemanes del siglo XIV*, *Las universidades de la Edad media hasta 1400*, y de otras obras no menos importantes.

Leopoldo, príncipe de Hohenzollern, candidato en 1870 al trono de España.

Teodoro Delyannis, ilustre hombre de Estado y diplomático griego, presidente varias veces del Consejo de Ministros.

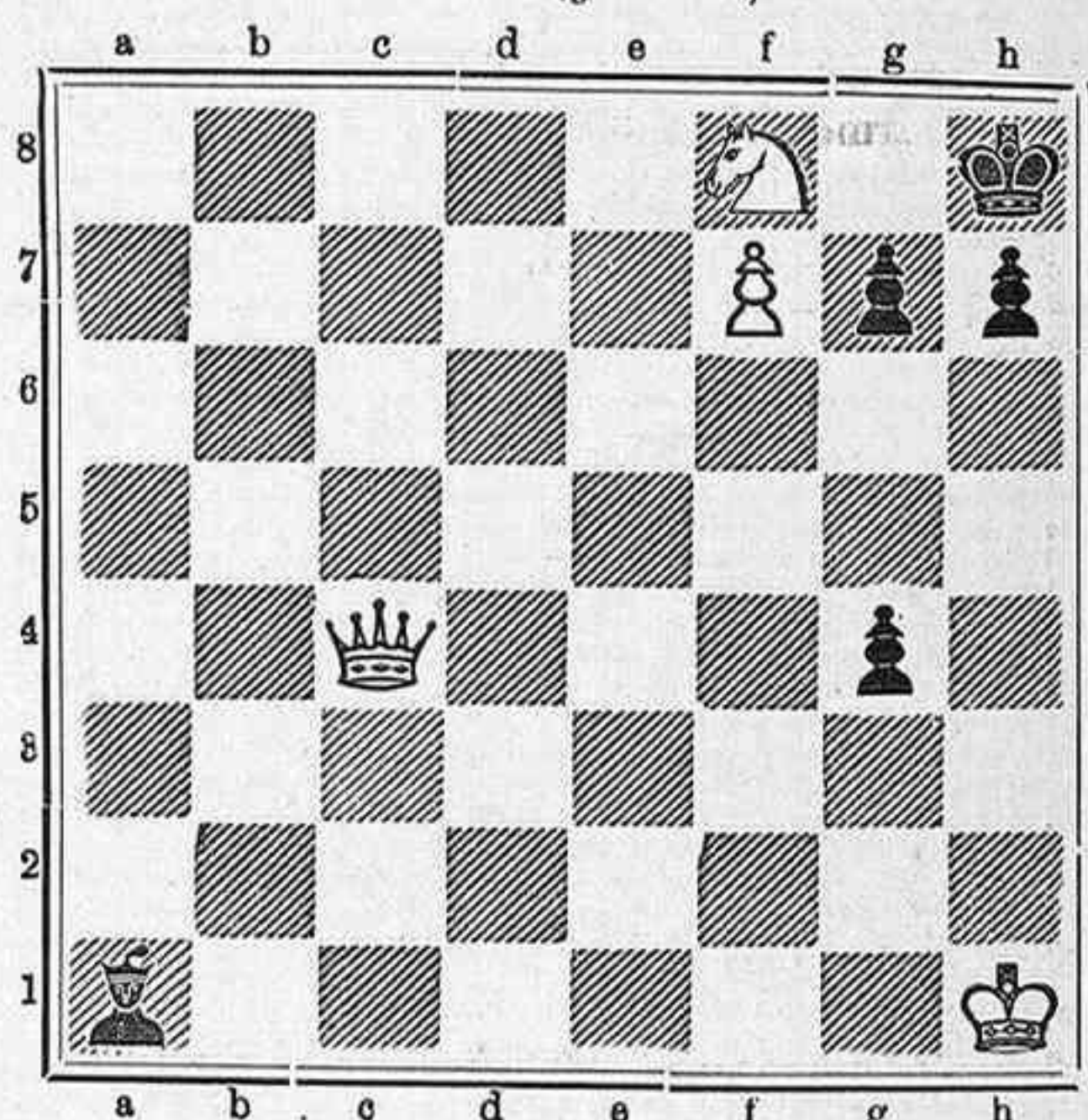
Armando de Lingg, célebre poeta épico alemán, entre cuyas obras sobresale la grandiosa epopeya *La emigración de los pueblos*.

Vaclar Vladivoj Tomek, historiador bohemio, profesor de la Universidad de Praga, autor de varias obras de historia de Austria y de Bohemia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 397, POR S. LOYD.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 396, POR F. WARDENER.

Blancas.

Negras.

1. D a 8 - e 8

2. T ó D mate.

1. Cualquiera.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 20, R. ITALIENS, PARIS.



Con una rápida ojeada se dió cuenta del furor del marqués y del desorden de Rosa

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Después, cuando él le señaló una butaca, Rosa se decidió á hablarle:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo está usted aquí cuando debía estar en Londres?

—He terminado rápidamente los negocios á fin de encontrarme en mi casa y recibirla.

Rosa le miró con dureza.

—Parece que no quiere usted errar el golpe.

Condottier no se movió; sus labios temblaron un momento, y sonriente dijo:

—Tiene usted mucha razón. ¡Diantre! La cosa lo merece.

—¿Cuánto pide usted por todo esto?

—Dos millones quinientos mil francos.

—¿Con los muebles de familia, los recuerdos de sus padres y los retratos de sus antepasados..., el capelo del cardenal Condottier y el bastón del mariscal Condottier, muerto, según creo, en Hochstœdt?

—Sí, señora, muerto en Hochstœdt.

—En una palabra, con todo.

—Con todo. ¿Le parece caro?

—Baratísimo.

—Eso pienso yo, y cuento con usted para que lo diga.

Después de este feroz cambio de palabras se miraron fijamente: él estaba impasible y conservaba todo su aplomo; ella, algo pálida, apretaba el mango de cristal de su sombrilla. El reloj rompió el silencio haciendo oír la media. Rosa fijó los ojos en la esfera, consultó en seguida el relojito que pendía de su cuello, y preguntó con aspereza:

—¿Cómo es que su hermana y Raynaud se retrasan tanto?

—No sé nada, contestó el marqués con indiferencia. Mientras esperamos, ¿quiere usted que le enseñe la colección de miniaturas del siglo XVIII?

—¿Para qué? Yo no soy la compradora.

—Como quiera. Yo estoy aquí para obedecer.

—Entonces, acompáñeme al teléfono: tengo que hablar con mi marido.

Un gesto de protesta irónica acogió la petición de la joven, y el marqués replicó alegremente:

—¿Cómo? ¿Cree usted que en una morada antigua hay teléfono? Eso sería una monstruosidad.

—Entonces deme lo necesario para escribir.

—Con mucho gusto. Venga usted á mi gabinete.

La intención que de nuevo manifestaba de alejar á Rosa del saloncito pareció sospechosa á la joven. Desde la inesperada entrada de Condottier, la joven no se sentía segura.

Los criados estaban lejos, separados del salón por la larga galería. Alrededor del jardín no había nadie, y nadie tampoco al alcance de la voz. El marqués permanecía de pie ante ella, insensible á los ultrajes recibidos, como si estuviese seguro de vengarse de ellos, y conservaba su gracia felina de bestia de presa. La baronesa tuvo miedo, y sin seguir á Condottier, que se dirigía á la puerta, dijo con resolución:

—No, después de todo prefiero marcharme. Indudablemente ha habido una equivocación, pues este retraso es incomprensible. Haré otro día la visita.

El marqués se volvió bruscamente, pasó delante de Rosa, dió vuelta á la llave de la puerta que comunicaba con la galería, se la guardó en el bolsillo, y cerrando la ventana que daba al jardín dijo:

—Me parece que ya hemos pasado bastante tiempo sin decir nada. Ni mi hermana ni el Sr. Raynaud vendrán, pues yo me he arreglado de manera que no vengan. Hace ya demasiado tiempo que se burla usted de mí, y he creído necesario que tuviésemos una explicación en sitio en que nadie viniese á molestarnos; he ahí por qué se encuentra usted sola

conmigo y sin medios para interrumpirme en caso de que la conversación le sea desagradable. Vamos, mi querida señora, es preciso poner al mal tiempo buena cara; la aventura no es tan penosa como parece, y de usted depende salir de ella con todos los honores.

Rosa se levantó con altivez, fijó en Condottier una mirada despreciativa, y señalando la puerta dijo:

—Abra usted inmediatamente.

Él no contestó: sentóse junto á la mesita.

—¿Qué espera usted?, exclamó Rosa. Me figuro que no me cree usted una niña á la que fácilmente se asusta; las sorpresas apenas se toleran en las novelas, y en el teatro nos hacen reír. El hombre que rompe los cordones de las campanillas para evitar que una mujer llame, está bastante atrasado, y usted no ha retrocedido ante la ridiculez de cerrar la puerta con llave. El melodrama ha durado ya mucho. No se exponga á hacerme reír y á hacer reír á todos nuestros amigos si les cuento su manera de conducirse. No imite la voz de Choppart en *El Correo de Lión*. Es usted grotesco; un minuto más, y será usted odioso.

Él se volvió con calma y dijo:

—Quiero serlo. Estoy decidido á no retroceder ante nada para que no salga de aquí sin ser antes todo lo mía que es posible ser...

Rosa soltó una carcajada desgarrada, opaca, de temor, y dirigiéndose al marqués añadió:

—Decididamente, creo que ha perdido usted el juicio. ¿Soy la causa de semejante catástrofe? Usted no me dejó prever que mis amabilidades podían conducirle á tan lamentable estado; usted debía haberme prevenido de que el *flirt* con usted conducía á estos inconcebibles extremos. Vamos, sea razonable; ya sabe que al fin tendrá que devolverme la liber-

tad... No se exponga á que, creyendo venir á casa de un hombre galante, salga con el pesar de haberme encontrado con un granuja.

Muy tranquilamente replicó el marqués:

—Todo eso no tiene ningún valor ni sentido; son argumentos de salón, y precisamente porque en los salones era usted dueña de burlarse de mí sin correr el menor riesgo y divirtiéndome á la galería con el espectáculo de mis tentativas y fracasos, me he arreglado para que nos viésemos solos y lejos de todos.

—Pero ¿qué es lo que me reprocha usted?, preguntó Rosa.

—Haber sido coqueta, y haberse divertido conmigo entusiasmándome unas veces para abatirme otras. Pues bien, lo siento por usted, pero no soy del temperamento de esos galanes con quienes ha representado la misma comedia que conmigo, y que se han contentado marchándose apenados y respetuosos; yo quiero el desquite. La quiero muy sinceramente, usted lo sabe, pero mi amor no se contenta con un encantador platonismo. Usted es la responsable de todo. ¿Por qué es tan hermosa, tan encantadora? Yo la quiero, la quiero... hace tres años, y usted me lo ha permitido. No es posible que se figurase que yo había de permanecerle fiel sin que llegase un día en que me tuviese que dar la recompensa. Ese día ha llegado. Apídense de mí, Rosa, y olvide las palabras violentas que he pronunciado. Estaba poseído por la fiebre que se apodera de mí cuando me encuentro en su presencia. Está usted delante de mí, en mi casa, me pertenece, y yo la adoro... Rosa...

Se inclinó ante ella suplicante, mirándola con ojos encendidos y la boca húmeda. ¿Era sincero? Rosa lo creyó así, y vaciló un momento. Se dulcificó su rostro, sonrió, y moviendo la cabeza dijo en tono de tierno reproche:

—Extraña manera de decírmelo, y sobre todo de probármelo.

—¿Qué debo hacer?

—Ante todo abrir esa puerta.

El marqués dió un salto, y vacilante, entregado de nuevo á la cólera y empujado por sus instintos perversos, dijo:

—Se burla usted de mí, en mi casa, y después de cuanto le he dicho. ¡Desgraciada!..

Se precipitó hacia ella, y cogiéndola con fuerza por los hombros, hizo esfuerzos para acercar su rostro á sus labios. Rosa dió un grito sordo, se escurrió entre los brazos que pretendían abrazarla, y arrojó todo su desprecio, todo su furor, al rostro del que la violentaba. Así lucharon sordamente sin temor de hacerse daño; él rozando su carne delicada y fina, ella defendiéndose con toda la energía y vigor de sus nervios. Repentinamente, y en el silencio de aquel combate de amor, una sacudida conmovió la puerta que Condottier había cerrado, al tiempo que una voz varonil decía:

—¡Abrid!

—¡Oh!, exclamó Rosa redoblando su resistencia. Alguien viene en mi auxilio.

Desconcertado, Condottier había cesado de luchar, al mismo tiempo que una mano impaciente atormentaba la cerradura, y la misma voz que antes gritó de nuevo:

—Abrid, soy Valentín Raynaud.

Al oír este nombre, Rosa se turbó casi tanto como Condottier. Separóse de él, y en voz baja y muy rápidamente le dijo:

—Abra usted, ó me pierde. Sea prudente, y deme la llave...

No había tenido aún tiempo para decidirse, cuando un choque violento sacudió las hojas de la puerta, y la cerradura cedió, apareciendo en el hueco, amenazador y emocionado á la vez, Valentín Raynaud. Con una rápida ojeada se dió cuenta del furor del marqués y del desorden de Rosa. Hizo un gesto amenazador que reprimió en seguida, y pálido, pero dueño de sí mismo, dijo:

—¿Es usted quien me ha escrito que la hora de la cita se había aplazado?

Condottier miró á su interlocutor de pies á cabeza, y dijo con desdén:

—¿Qué significa esta pregunta, caballero?

—Únicamente que quiero saber si es usted el autor del engaño de que acabo de ser objeto.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Pues voy á explicárselo...

No tuvo tiempo para decir una palabra más.

Rosa se había colocado entre los dos hombres, pues adivinando que Raynaud, fuera de sí, iba á insultar á Condottier, no quería que el marqués pudiese tomar fácil desquite en su defensor. Impuso silencio á Condottier con un gesto, y dirigiéndose á Raynaud le dijo:

—Si aquí hay alguien que debe dar explicaciones soy yo, y en todo caso, Sr. Raynaud, usted no tiene

ningún título para pedirselas al marqués de Condottier.

—Este caballero se ha introducido en mi casa de modo harto inconveniente para contentarse con tan poco, y por mi parte no me resignaré á dejar de pedirle cuentas por las libertades que con mis cerraduras se permite.

—Caballero, replicó Valentín, he tenido también que tomármelas con sus criados, y todo me hacía creer que debería tomarlas con usted mismo. Pero si usted no tiene explicaciones que darme, yo tengo una que ofrecerle. Si he tenido tanta prisa por entrar en su casa ha sido porque no quería que me adelantase el barón de Rocher, que al mismo tiempo que yo, y por su cuñado, ha tenido noticia de su presencia en París.

—¿Va á venir?, exclamó Condottier con acento de triunfo.

—Todo me lo hace temer.

—Y á mí desearlo...

Oyendo estas palabras, Rosa no pudo reprimir un grito de indignación.

—Ahora veo claro lo que se había propuesto. Me doy cuenta de la maquinación que había preparado, y que dirigía más contra mi marido que contra mí misma. Le agradezco, Sr. Condottier, que me haya librado de toda incertidumbre. Le creía menos culpable de lo que en realidad es... No obra usted impulsado por la pasión que ciega; se conduce con pleno conocimiento de causa, y veo de lo que es usted capaz. En adelante no tengo que guardarle ninguna consideración, pues sé que deliberadamente sacrificaría mi reputación á su amor propio. No he sido su víctima y puedo salir de aquí sin pesar...

Como Valentín hiciese un movimiento para dirigirse á Condottier, añadió:

—No le diga una palabra, Sr. Raynaud; no hable usted con ese hombre... No es digno de que se dirijan á él. Es mucho más despreciable de lo que nadie se puede imaginar. Deme el brazo, y salgamos de esta casa...

Condottier, pálido como un cadáver, quiso colocarse ante ella para evitar que saliese, y dirigió á Raynaud un gesto de amenaza. Rosa le contuvo con la autoridad de su mirada.

—No insista usted; se lo aconsejo. Sus criados están ahí, y sería enojoso para usted que nuestra conversación terminase ante ellos.

sin prestar atención al marqués salieron á la galería, llegaron al vestíbulo, pasaron por delante de los lacayos, y al poner el pie en la escalinata se encontraron con Folentin que llegaba sofocadísimo. Al verlos no pudo disimular su estupefacción.

—¡Cómo!, dijo. ¿Los dos?

—Sí, contestó Rosa con tranquilidad. El Sr. Raynaud ha terminado su visita y nos íbamos...

—¿Y Condottier?..

—El marqués está en su casa. ¿Quieres verle?

—No..., no tengo nada que decirle... Sin embargo, no comprendo cómo estás aquí y por qué sales con el Sr. Raynaud...

—Ven conmigo, le dijo Rosa, y te explicaré eso que te parece obscuro...

—Y la condesa Grodsko, ¿ha venido también?

—Te agradeceré muchísimo que no me hables más de la condesa; estoy decidida á no volver á verla. En cuanto al marqués de Condottier, tendrás la bondad de decirle que no tiene por qué presentarse en mi casa...

—Querida mía, balbuceó Folentin, redoblas mi perplejidad. ¿Está comprometido mi honor en todo esto? Tú sabes que no soportaría la menor ofensa...

—Sí, ya lo sé, cuando se trata de tu amor propio eres un tigre. Cuando estés enterado de todo obrarás como estimes conveniente; pero ahora, estrecha la mano del Sr. Raynaud, dale las gracias por lo que ha hecho por ti, y vámonos á casa. ¿Tienes ahí el coche?

—Sí, querida, sí, pero...

—Ahora no digo más. Hasta otro rato, Sr. Raynaud.

Folentin, silencioso y preocupado, estrechó la mano á Raynaud, y dócilmente subió al coche con su mujer.

V

Evans, recorriendo á grandes pasos el salón de sus habitaciones de Palace-Hotel, escuchaba á Valentín que le hacía el relato de su aventura. Llegado de Cherburgo sin ser esperado, Ralph se había hospedado con su amigo, y escuchaba complacido sus confidencias.

—Amigo mío, dijo el americano, usted no puede hacer nada, y así se lo ha significado muy razonablemente la baronesa de Rocher. Usted no es ni su

marido, ni su amante, ni su hermano, ni siquiera su primo. Usted tenía una cita con ella para visitar una casa; eso es todo... Y á propósito, ¿cómo es la casa?

—¿Cree usted que la he visto? Llegué al vestíbulo como una bomba; allí dos lacayos me han dicho que su dueño no recibía. Yo he replicado que estaba y que me esperaba con la baronesa de Rocher, y como no sabían qué decirme, he pasado por encima de todo y he entrado en el salón á puñetazos. He ahí todo lo que conozco del hotel. Un vestíbulo, una galería y una puerta hecha pedazos. ¿Es bastante para decidirle á comprarlo?

—Vamos, veo que recobra la calma. Bromea usted, y eso es siempre algo.

—¿Y qué quiere usted que haga, Evans? Me prohíbe que provoque al bellaco del marqués...

—A usted no le ha hecho nada...

—Sí; ha abusado de mí, haciéndome servir de cebo para un lazo...

—¿Existía el lazo? Ya sabe lo excéptico que soy respecto á la baronesa. Nunca le he ocultado lo que de ella pensaba: creo que ha sido, es ó será la amiga de Condottier; han podido tener alguna diferencia, y mientras la solventaban ha llegado usted, muy inoportunamente por cierto; pero la sangre fría de la dama al encontrar á su marido en la puerta; el modo como le ha prohibido á usted que interviniese —en lo que tenía razón sobrada,—todo prueba hasta la evidencia que se encuentra usted frente á dos amantes en desacuerdo momentáneo, pero que harán las paces ó se arreglarán en un momento dado. Lo importante es no darles ocasión para que se rían de usted.

Valentín, pálido, furioso, no contestó. Aunque una voz interior, más poderosa que la de su razón, le decía que Rosa era inocente, no podía negar que todas las apariencias estaban en contra suya. ¡El mismo había dudado de ella tantas veces! ¿Iba en el preciso momento en que la encontraba encerrada en una habitación, y casi en brazos de Condottier, á creer que se había equivocado? Sin embargo, ella se defendía y acusaba al marqués. Desde el otro lado de la puerta había oído los rugidos de cólera y el ruido de la lucha, y el recordarlo ahora le hacía estremecer. Lo que había sufrido durante el minuto que había precedido á su entrada en el salón era imposible de expresar; por un instante había visto aparecer á sus ojos la imagen de Rosa entre los brazos de Condottier, y hacía inauditos esfuerzos para ahuyentar de su cerebro aquel recuerdo espantoso. No quería preguntarse, como Evans, la causa de aquella repentina hostilidad entre Rosa y el marqués después de haber dado tantas publicidades; la voluble joven había cambiado tantas veces de actitud, que le parecía imposible formarse de ella una opinión firme y sólida. Prefería continuar en la indecisión, que siempre era menos cruel que la certidumbre.

Evans se detuvo ante su amigo y le dijo:

—Comprenda usted que si el marqués de Condottier se hubiese molestado por su aparición en aquel momento, la situación de usted sería cien veces mejor. Entonces se podrían pedir algunas explicaciones y tal vez obtenerlas...

—La fatalidad me condena á que esas gentes me engañen constantemente, exclamó Valentín con abatimiento. Me desprecian con toda su alma.

—¿Y qué valor puede tener ese desprecio? El marqués, amigo mío, es un hijo de familia arruinado hasta el extremo de que, si queréis, mañana lo echamos de la de sus mayores por un puñado de dinero. Y cuando este dinero haya pasado, en su mayor parte, á manos de sus acreedores hipotecarios, ¿qué será de él? Dícese que anda metido en algunos negocios. ¿Queréis que nos divirtamos haciéndolos fracasar? Ya sabéis lo poco sólidas que son esas pequeñas especulaciones de que viven vuestros compatriotas; bastaría soplar sobre ellas para que desaparecieran... Vuestro marqués es, pues, un átomo que debéis despreciar por completo á menos que preferáis aniquilarlo. ¿Qué hay en todo esto que no sea perfectamente serio?

—Evans, usted discurre como hombre que domina los acontecimientos, y yo desgraciadamente soy juguete de ellos...

—Porque usted quiere. Amigo mío, tenga presente que ya no es el Valentín Raynaud que dirigía la fábrica de Beaumont. Ha ido después, con Evans, á California, y ha comprado los yacimientos de Chiquito... Hoy es usted uno de los príncipes de la industria y debe juzgar las cosas desde la altura en que está colocado. Compare lo que es Folentin á su lado... El marido de Rosa es su humilde servidor... y no piensa más que en usted. Arruinar á Folentin es cuestión de una semana... Mi querido Raynaud, yo he puesto en sus manos la varita mágica del oro

ante la cual todos los seres humanos se doblan y obedecen; no tengo familia, mis afecciones todas se concentran en usted, y quiero que sea dichoso. ¿Quiere dejarse guiar por mí?

—Sí, Evans. No distingo lo verdadero de lo falso y lo justo de lo injusto. Hace un momento, cuando usted recordaba mi poder, he sentido que los malos instintos se apoderaban de mí y me he creído capaz de practicar el mal. Me dice usted que sería muy fácil, y yo le ruego que no permita que ceda a la tentación.

—Sí, eso es propio de los espíritus superiores; pero yo, Evans, estoy desamparado...

—Paciencia. Ya recobraré la energía y entretanto yo estoy aquí para hacer frente a todo. No olvide que me ha pedido que le sirva de guía. Voy a hacerlo como si se tratase de un niño pequeño, hasta que pueda usted obrar como un hombre.

Evans tomó el sombrero y los guantes.

—¿Adónde va usted?, preguntó Raynaud.

—A casa de Folentin. Allí es donde me informarán mejor y más rápidamente de cuanto sucede.

—Y yo ¿qué voy a hacer?

—Vaya a casa de la condesa Grodsko y pídale su consentimiento para la compra del hotel Condottier. Es copropietaria...

—¿Compra usted?..

—Sí, la insolencia del marqués me decide, y tendré una satisfacción muy grande echándolo a puntapiés de su casa. La ostentación entra por mucho en el prestigio de ese caballero. Cuando viva en el entresuelo de una casa con ascensor, con una mujer galante en el principal y un vendedor de bicicletas en la planta baja, deslumbrará menos que viviendo en su señorial hotel.

—¿Acepta usted el precio?

—Eso carece de importancia. Además, no se regatea con un pobre diablo. Si fuese Folentin... Le prevengo, Raynaud, que el barón de Rocher no me encontrará muy dispuesto en favor suyo, y obrará juiciosamente no tomándome a broma. Vamos... El automóvil debe estar a la puerta.

Folentin, que estaba en su despacho cuando el criado le entregó la tarjeta de Evans, se levantó precipitadamente y dijo:

—Que pase.

Sólo faltaba que saliera a recibir al americano como si se hubiese tratado de un príncipe; pero un momento de reflexión hizo que recobrase la dignidad acostumbrada, y que acogiese con cordialidad, pero sin cortesanía, al recién llegado.

—Mucho me alegro viéndole en mi casa, le dijo, y le doy las gracias por haber venido. ¿Cuándo ha llegado usted?

—Ayer noche.

—Su amigo Raynaud no le esperaba hasta la próxima semana. ¿Está bien el Sr. Raynaud?

—No, está de muy mal humor.

—¡Oh!, ¡oh!

El rostro del banquero se ensombreció. Miróse las uñas de la mano derecha con sostenida atención, y al fin se decidió a decir:

—¿A causa de lo ocurrido ayer?

—Lo ignoro, dijo Evans con mucha calma. ¿Qué ocurrió?

—¡Cómo! ¿No le ha contado lo que pasó en el hotel Condottier?

—¿Se refiere usted a eso? Sí, algo me ha dicho Raynaud respecto al incidente..., pero, ¿por qué había esto de preocuparle? Es cosa que sólo a usted interesa.

Folentin prestó la mayor atención. Dejó de examinarse las uñas, y fijándose en Evans le dijo:

—¿Qué le ha contado el Sr. Raynaud?

—Si le parece, podemos cambiar de conversación. No gusto de mezclarme en lo que no me importa, y sobre todo, sentiría contrariar a un hombre a quien estimo...

—¿Contrariar? ¿Por qué?, insistió Folentin.

—No puedo permitirme hacer a usted indicaciones respecto a sus asuntos personales... Demasiado sabe usted lo que debe hacer... Hablemos de otra cosa... Compraré el hotel Condottier y usted se en-

cargará de todo lo necesario... Me refiero a dar al notario las órdenes oportunas para que se pague el precio pedido.

—¿Desea usted ver al marqués?

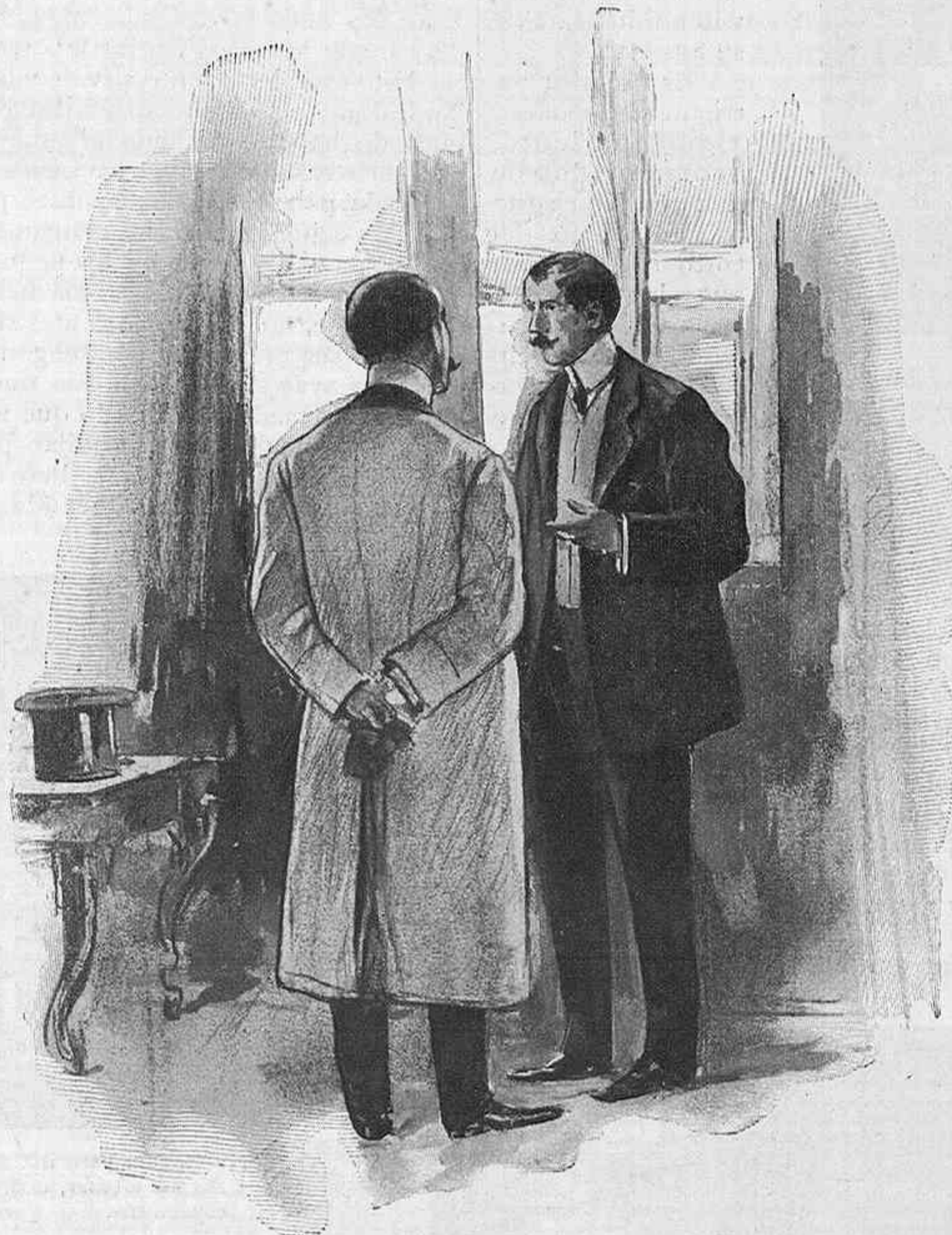
—Lo menos posible.

—¿Tiene usted mala opinión de él?

—No tengo opinión. Me quedaré su casa y le daré el dinero, y nada más.

—Cuando usted ha llegado, señor Evans, iba a llamar por teléfono al Sr. Raynaud para pedirle una cita.

—Le veré dentro de un momento, le diré lo que usted desea y le contestará en seguida...



Mauricio se llevó a Folentin junto a una ventana

—¿Y los negocios de Chiquito?, dijo Folentin. ¿No hablamos de ellos?

Evans recobró su frialdad, y mirando al techo dijo:

—Hemos empezado a construir un ferrocarril que nos pondrá en comunicación con el Pacífico. Nuestro acuerdo con las grandes explotaciones de petróleo es un hecho... Así no habrá competencia... Entramos en el *trust*.

Folentin abrió unos ojos enormes.

—Entonces, dijo, no tienen ustedes más que explotar... Toda combinación financiera es inútil...

—Completamente. Hemos preferido hacer nosotros mismos el negocio, ponernos de acuerdo con nuestros competidores y vender menos caro, pero guardar todo el beneficio... Cuando los pozos comienzan a producir menos, fundaremos una Sociedad por acciones; por el momento nos parece inútil dar ocasión a la gente de Bolsa para que gane grandes cantidades a costa nuestra.

—¡Ah! Usted sí que puede decir que entiende los negocios, exclamó Folentin. Tiene usted un gran valor. Pero, ¿y si no hubiese usted podido llegar a un acuerdo con el *trust*?

—Entonces habríamos cedido el negocio, porque no habría sido bueno; pero como es excelente, lo conservamos para nosotros. ¿No es de este modo como ustedes tienen costumbre de proceder con el público?

—Pero a mí, exclamó Folentin, ¿no me concederán ustedes ninguna ventaja? ¿No me interesarán en ninguna de sus empresas?

—Sí; Raynaud decía esta mañana que podríamos cederle el negocio de las minas de Río Verde. Es un asunto bonito y se pueden ganar con él algunos millones. Nosotros no podemos emprenderlo por falta de tiempo... Raynaud tiene el proyecto de interesar en la Sociedad a Mauricio Préviniéres,

nombrándole secretario... Siente verdadero afecto por ese joven...

—Pero, ¿y yo?, repitió Folentin.

—Usted hablará con Raynaud... Hasta otro rato... Hoy quería hablarle únicamente de la compra del hotel... Tengo mucha prisa.

—¿Vendrá usted a casa esta noche? Mi mujer recibe...

—No, no. No he traído frac...

—Le admitiremos como venga...

—La baronesa no encontraría eso correcto. Es imposible. Adiós.

Y salió, dejando solo a Folentin, que fué a sentarse ante su mesa. Estaba pensativo,

y lo que Evans había contestado a sus preguntas respecto a Condottier le preocupaba extraordinariamente. En las palabras del americano encontraba cierta ironía desdeñosa, que juzgaba insoportable para su amor propio. El, Folentin, ¿estaría haciendo un papel ridículo? ¿Era que aquel de quien «nadie se burlaba» estaba siendo objeto de las burlas de todos? La víspera, al salir de casa de Condottier, y haciendo uso de su autoridad, había interrogado a Rosa; pero las explicaciones dadas por ésta eran de índole tan vaga, que no encontraba motivo ni para enfadarse ni para tranquilizarse. Parecía cierto que Condottier había empleado con la baronesa procedimientos que no eran de escrupulosa delicadeza; pero ¿qué parte correspondía a Rosa en el incidente? Y sobre todo, ¿cuál era la conducta que debía seguir Folentin?

¿Debía darse por enterado, y con indiferencia de altísimo buen gusto no dar importancia a aquellas tentativas? Si con tanta frecuencia se había burlado de los maridos que se enfadaban porque sus mujeres fuesen objeto de galanterías, ¿incurriría él en la misma falta? Con todo, ¿había motivos para mostrarse menos impasible que de ordinario? Rosa no se lo explicaba, y era muy arriesgado pedir explicaciones a Condottier. Folentin, que sólo deseaba continuar desempeñando el papel de hombre superior, estaba muy preocupado. Entonces fué cuando Mauricio Préviniéres, que tan a tiempo le había informado de la presencia del marqués en París, se encargó de desvanecer las dudas de su cuñado. A las cinco se encontraron en el Círculo, cuyo salón de conversación estaba ocu-

pado por cuatro ó cinco concurrentes asiduos que se confiaban sus sensaciones artísticas. Mauricio se llevó a Folentin junto a una ventana, y una vez al abrigo de los importunos, le dijo:

—Me iba a tu casa. Imagina que hace un momento La Bréde ha venido a buscar a Tremblay y juntos se han dirigido a casa de Raynaud de parte de Condottier.

—¿Un lance?

—Así parece.

—¿A causa de mi mujer?

—Eso es lo que no sé. ¿Qué ha sucedido?

—Rosa no quiere decir nada. Ella, que de ordinario tiene la lengua tan suelta, ha enmudecido en el preciso momento en que tengo gran interés por saber lo que ha pasado. Porque al fin y al cabo, ¿qué papel desempeño en todo esto?

Folentin, presa de horrible agitación, se retorció las manos con furor y golpeaba el pavimento con el pie.

—¿Y qué piensas hacer?, preguntóle Mauricio.

—¡Acaso lo sé!, exclamó Folentin. Eso precisamente es lo que me pone fuera de mí; lo imprevisible me exaspera; odio las situaciones ambiguas, y sólo cuando tengo tiempo para prepararme estoy a la altura de las circunstancias.

—Aquí no se trata de estar a la altura de las circunstancias; de lo que se trata es de que ese canalla de Condottier no comprometa a tu mujer. Es, tú mismo lo has confesado, capaz de todo...

—Yo no le tengo miedo, exclamó Folentin, al que el descontento había hecho enrojecer. Si es preciso, encontrará a quién dirigirse.

—Parece que quiere dirigirse a Raynaud, y por este lado hay desigualdad manifiesta. Entre un espadachín como Condottier y el bueno de Raynaud, que no sabe lo que es la esgrima, es flagrante la desigualdad. Si es posible, hay que evitar un encuentro...

(Continuará.)

HOTEL PARA NIÑOS EN NORLAND (INGLATERRA)

Un hogar admirablemente dispuesto para niños cuyos padres han de separarse de ellos

Para los padres acomodados que acostumbran á viajar mucho ó que tienen necesidad de residir en países cuyo clima no sienta bien á los niños, es asunto difícil averiguar cómo los han de dejar de modo que estén bien cuidados y atendidos durante su ausencia.



Los niños muy pequeños se pesan periódicamente; durante la operación se les entretiene con un sonajero

siempre se encuentra quien tenga la previsión de una madre; siendo el resultado de todo ello que los niños no suelen pasarlo muy bien.

Ese problema ha sido solucionado para los padres con el establecimiento de la Casa para niños, de Norland, que está unida al Instituto del mismo nombre, fundado hace trece años por la señora de Walter Ward para enseñar á las ayas su oficio. Ocupa un edificio muy grande en Pembroke Square, Bayswater, sitio muy retirado, pero de fácil acceso. No hay allí ningún derroche de lujo; las habitaciones están muy lindamente decoradas y amuebladas como las podrían tener las familias cuya renta anual no baje de 500 libras esterlinas. La casa está dividida en pabellones, cada uno de los cuales consta de una habitación para el día y de otra para la noche para tres niños. Estos pabellones tienen sus respectivos nombres pintados sobre las puertas; el mayor se llama *No me olvidéis* y el más pequeño *Margarita*.

En las habitaciones para pasar el día hay una alacena en que se guarda la leche y otros viveres, practicada en la pared y abierta en su parte posterior. Así se conservan las provisiones frescas y sanas mucho más tiempo que si no les diera el aire. Para protegerlas del polvo y de las moscas está la abertura cubierta con una tela metálica.

Cada niño tiene su lavabo en miniatura hecho expresamente, con los útiles necesarios, así como también su vajilla para la mesa y cubiertos de plata. Los inquilinos de los diversos pabellones permanecen cada uno en el suyo sin mezclarse con los niños de los otros, como si estuvieran en su propia casa, pero pueden reunirse en los jardines de Pembroke Square.

Por lo que respecta á entretenimiento, cada uno trae los juguetes de su casa. Unos asientos en las ventanas, de especial disposición, parecidos á los bancos cerrados que se ven en las iglesias protestantes inglesas y á los que se llega por un escalón, son muy del agrado de los niños, que allí se sientan y juegan durante horas seguidas.



Nunca se les hace largo el tiempo á los huéspedes del hotel de niños. Una de las cosas que más les agradan es una mecedora.

tienen los niños á los juguetes rotos y viejos; así es que en cada habitación de día hay un cajón de madera lleno de los de esa especie, á fin de que los chicos

los saquen y hagan de ellos lo que quieran. La mayor parte de las veces son las ayas las que tienen que volverlos á colocar en su lugar; ya sabemos que no suelen ser los niños muy propensos á volver á dejar las cosas como estaban. El establecimiento de Norland está á cargo de dos enfermeros principales, que han aprobado un curso en el hospital para niños de la calle Great Ormond. Cada pabellón tiene un aya primera y otra segunda para su cuidado y orden. Esas dos mujeres desempeñan todo el trabajo, pues no hay criados más que para fregar los pisos y otras labores pesadas que no son propias de las ayas.

Este establecimiento sirve como una escuela práctica para el Instituto Norland, donde se aprenden teóricamente todas las obligaciones de un aya. Después de haber terminado allí sus cursos, están en disposición de entrar en cualquier casa de familia para encargarse de los niños.

Cada pabellón está dispuesto para recibir tres niños grandecitos, ó dos y uno de pecho. Los que los ocupan no siempre son hermanos, y cuando en ellos hay varios niños de pecho, los pequeñuelos de los distintos pabellones disputan entre sí con gran celo sobre los méritos de sus niñitos respectivos, aunque, probablemente, no sean ni parientes siquiera. Por nada confesarían que el de otro pabellón sea mejor ó más inteligente que el del suyo.

A las ayas se las exige que traten siempre á los niños como los tratarían sus propias madres, de modo que nunca echen de menos el cariño de éstas.

En algunos casos se alquilan pabellones á familias que envían con los niños sus niñeras particulares. Pero este procedimiento no está allí bien visto, porque así no tienen las educandas ocasión de practicar sus obligaciones y de

adquirir práctica en la profesión que han elegido.

No se admiten ni se permite que continúen en el establecimiento á los niños que han cumplido nueve años, pues la señora Ward considera que á esa edad deben ya ir á un colegio. No se desatiende allí tampoco la instrucción, porque los más pequeños siguen un curso de educación por el sistema de los jardines de la infancia y los mayores asisten á una escuela poco distante.

A los niños, desde la edad de un mes en adelante, se les recibe por semanas, meses ó años. El único inconveniente por que tienen que pasar, cuando allí permanecen mucho tiempo, es que han de cambiar de ayas,

pero se procura que las vayan conociendo con anticipación á fin de que no las extrañen por completo.

Resultado de no haber criadas, á una de las ayas le ocurrió el siguiente gracioso incidente. Estaba haciendo algo que exigía estuviese arrodillada en el suelo, cuando un niño le dió un empujón.

—Claudio, dijo el aya, un caballero no empuja á una señora.

—Usted no es una señora, respondió, sino una alumna.

—Pero una alumna puede ser una señora.

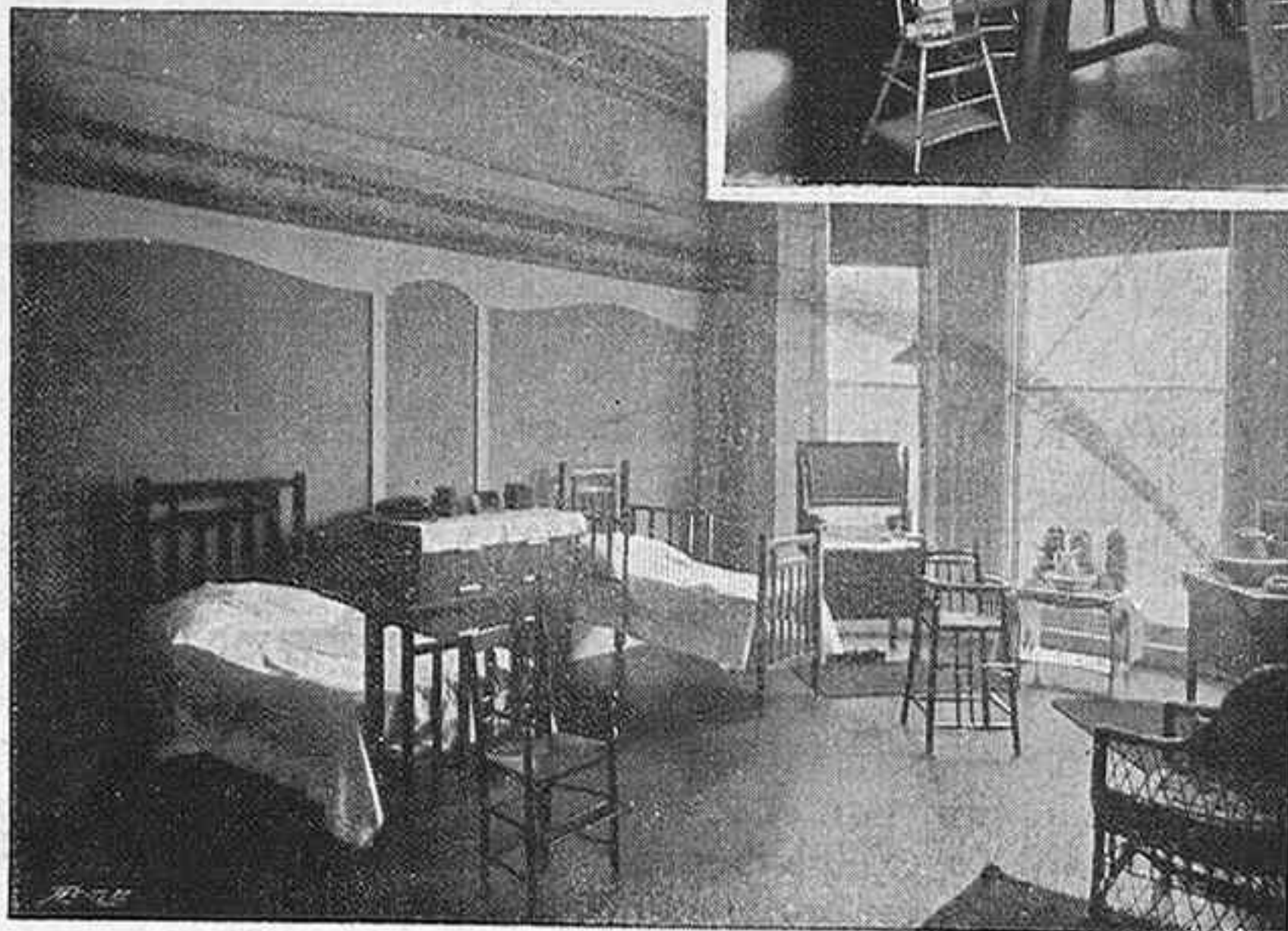
—Sí; pero una señora no es alumna.

¿Qué podía contestar á eso el aya?

Este establecimiento no se ha instalado con la idea de lucrarse; así es que no hay temor de que estén los niños desaten-



Habitación para día del pabellón *No me olvidéis*, uno de los más espaciosos.



Habitación del mismo pabellón para dormir

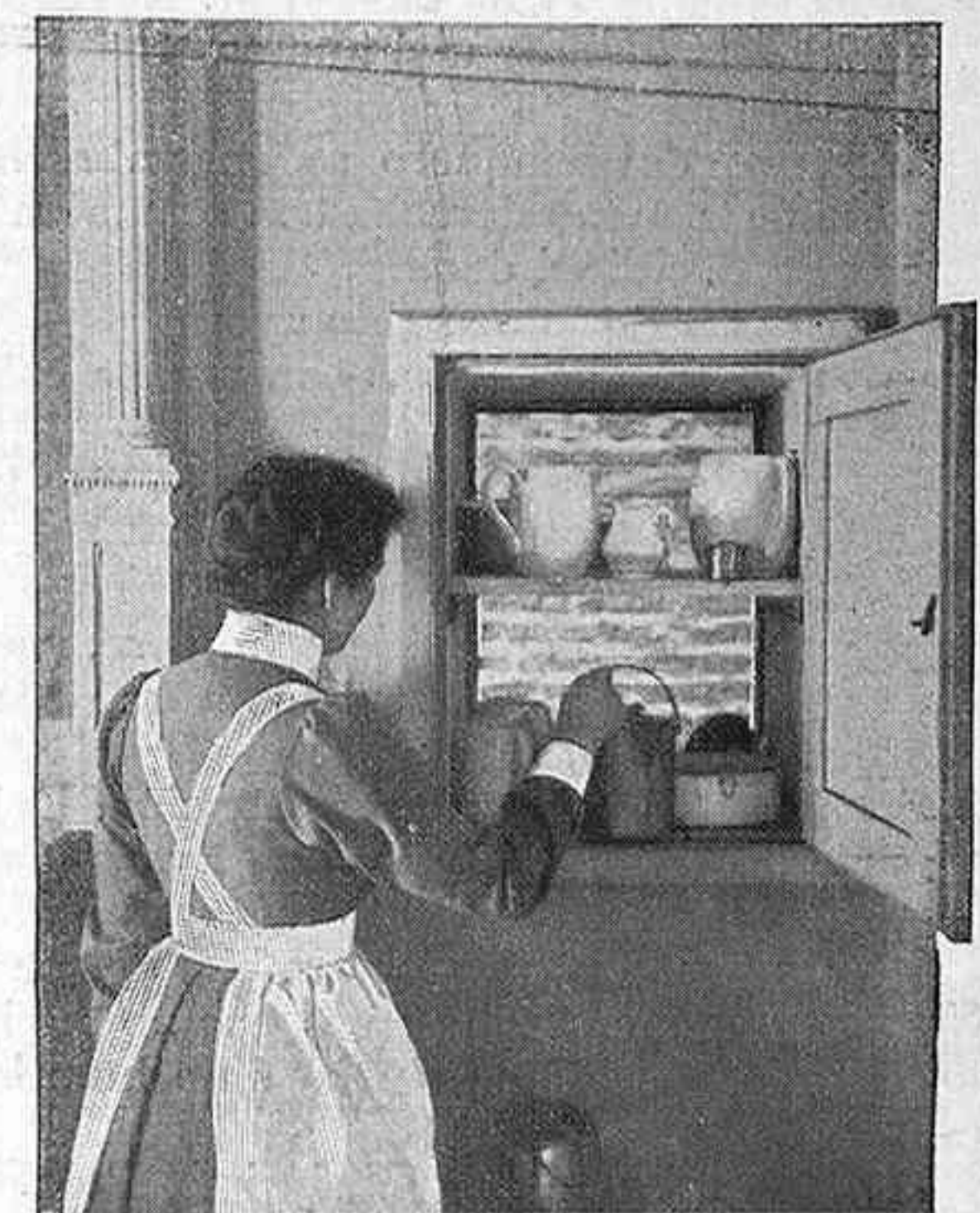
cidos. Reciben los mismos cuidados que en sus casas recibirían, y los padres que en él dejen sus hijos pueden tener la seguridad de que estarán perfectamente bien.

BERNARDO NUSSEY.

LA EDELWEISS

La flor conocida con el nombre alemán *Edelweiss* (*Gnaphalium Leontopodium L.*) es indudablemente la más popular de cuantas existen; todos los excursionistas desean con afán cogerla por sí mismos para adornar con ella su sombrero ó un álbum de recuerdos. Su nombre griego, *Gnaphalion* (copo de nieve), recuerda la particularidad de su color, y el *Leontopodium* (pie de león) la forma de su flor.

Al decir flor, empleamos el lenguaje corriente, no el de los botánicos, pues la flor del gna-



En cada habitación para pasar el día hay una alacena especial, practicada en la pared y abierta por detrás, donde se guarda la comida de los niños.

phalium es insignificante, amarillenta, tubulosa y aglomerada en capítulos (3-5) sin ningún brillo. Las brácteas blancas, lanosas, gruesas están debajo de estos capítulos formando un involucre, y constituyen la única belleza de esta planta, pero no son órganos florales y sólo tienen el aspecto de pétalos de una flor. Como conservan su brillo a pesar del tiempo, y como, cogida oportunamente, puede conservar indefinidamente el aspecto en que nos gusta verla, resulta que puede ser clasificada entre las inmortales, y esta es tal vez la única razón que explica su popularidad.

Se la coge en los rincones alpinos y no pocas veces a costa de muchos esfuerzos, lo que basta para darle valor como recuerdo, y en los países germánicos se la tiene en tanta estima, que se ha llegado a falsificarla, siendo cada año mayor el número de comerciantes que a este negocio fraudulento se dedican.

Equivocadamente se supone que la *Edelweiss* es una flor exclusivamente alpestre y suiza; por el contrario, es una especie muy cosmopolita que se encuentra en una buena parte de las montañas del mundo. Ni siquiera pertenece a las especies glaciales como generalmente se cree, puesto que crece especialmente en las vertientes secas y calientes de las montañas calizas, entre 1.000 y 2.000 metros de altitud.

Encuétrase el *Leontopodium* en el Jura, en los Alpes, en los Pirineos, en las sierras españolas, en el Atlas, en los Cárpatos, en los Apeninos; falta en el Cáucaso, y en las montañas del Oriente, pero se cría en el Himalaya en donde reviste una forma algo distinta (*Gn. L. var. Himalayensis*). Abunda en Siberia, en donde tiene las brácteas más cortas que en los Alpes (*Gn. L. sibiricum*). En China, prospera en las montañas de la Mandchuria y de la Mongolia, tomando allí una forma bellísima y un aspecto aterciopelado, y también se la encuentra en el Japón bajo una forma un poco

diferente (*Gn. L. japonicum*) en las altas montañas. Se la ha encontrado así mismo, según parece, en el monte Ecura (Estados Unidos) a 2.000 metros de altitud, y el reverendo Green, que efectuó la primera ascensión del monte Cook, en Nueva Zelandia, refiere el entusiasmo de sus guías suizas cuando encontraron la *Edelweiss* en los peñascos de la Australasia. La especie que allí se cría, *Gnaphalium grandiceps*, difiere algo del *Leontopodium*.

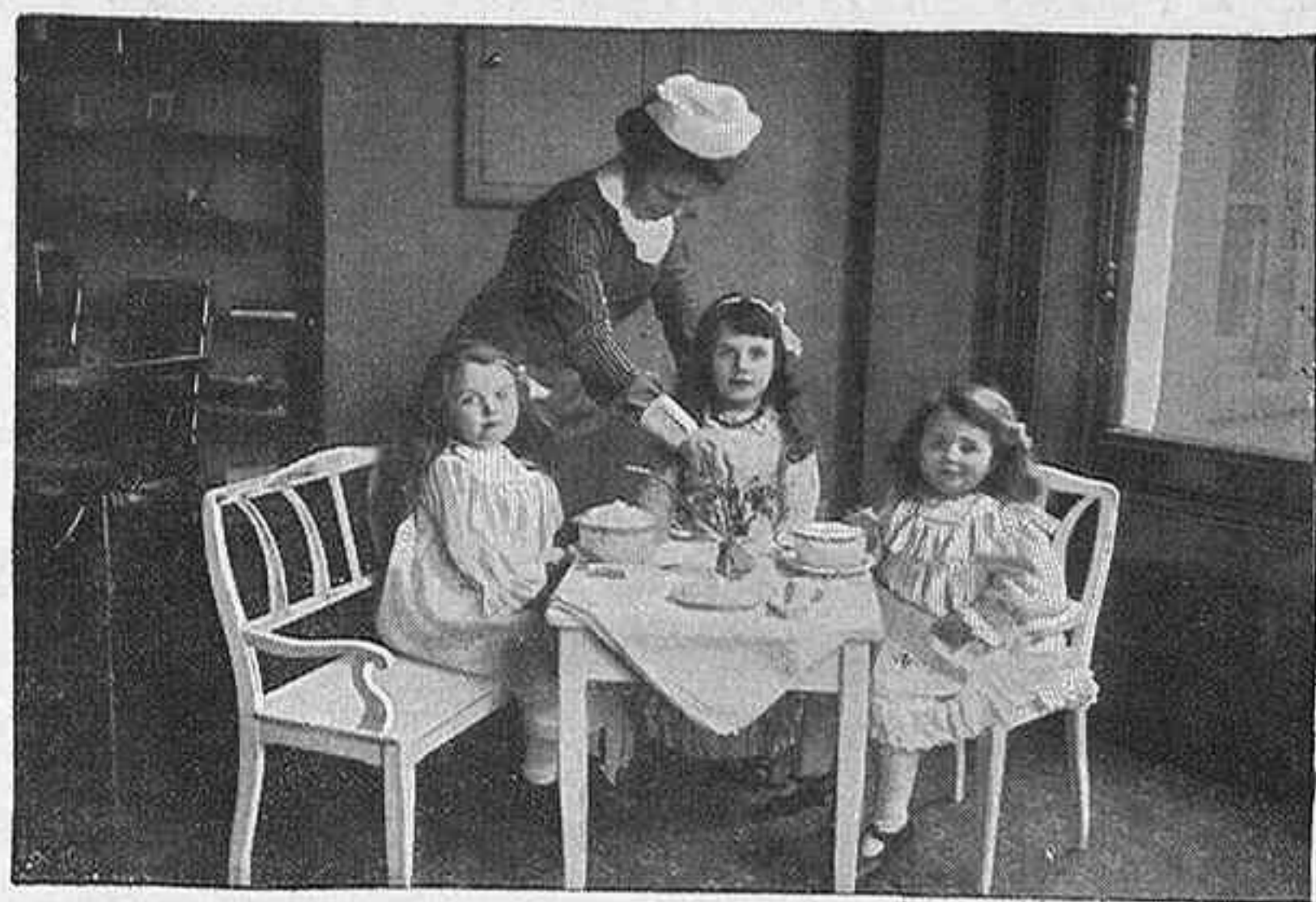
Es pues, un error creer que esta flor es esencialmente alpina y suiza; mas no por eso dejará de ser el símbolo de la flora de las grandes alturas ni dejará de ir en aumento su fama, fama en parte triste, porque ¡cuántos centenares y hasta millares de accidentados no ha ocasionado el deseo de poseerla!

Esta planta es una de las que más frecuentemente se ha intentado introducir y aclimatar en los jardines; raras veces, sin embargo, se consigue que prospere y muchos de los que la han aclimatado sólo han obtenido monstruos.

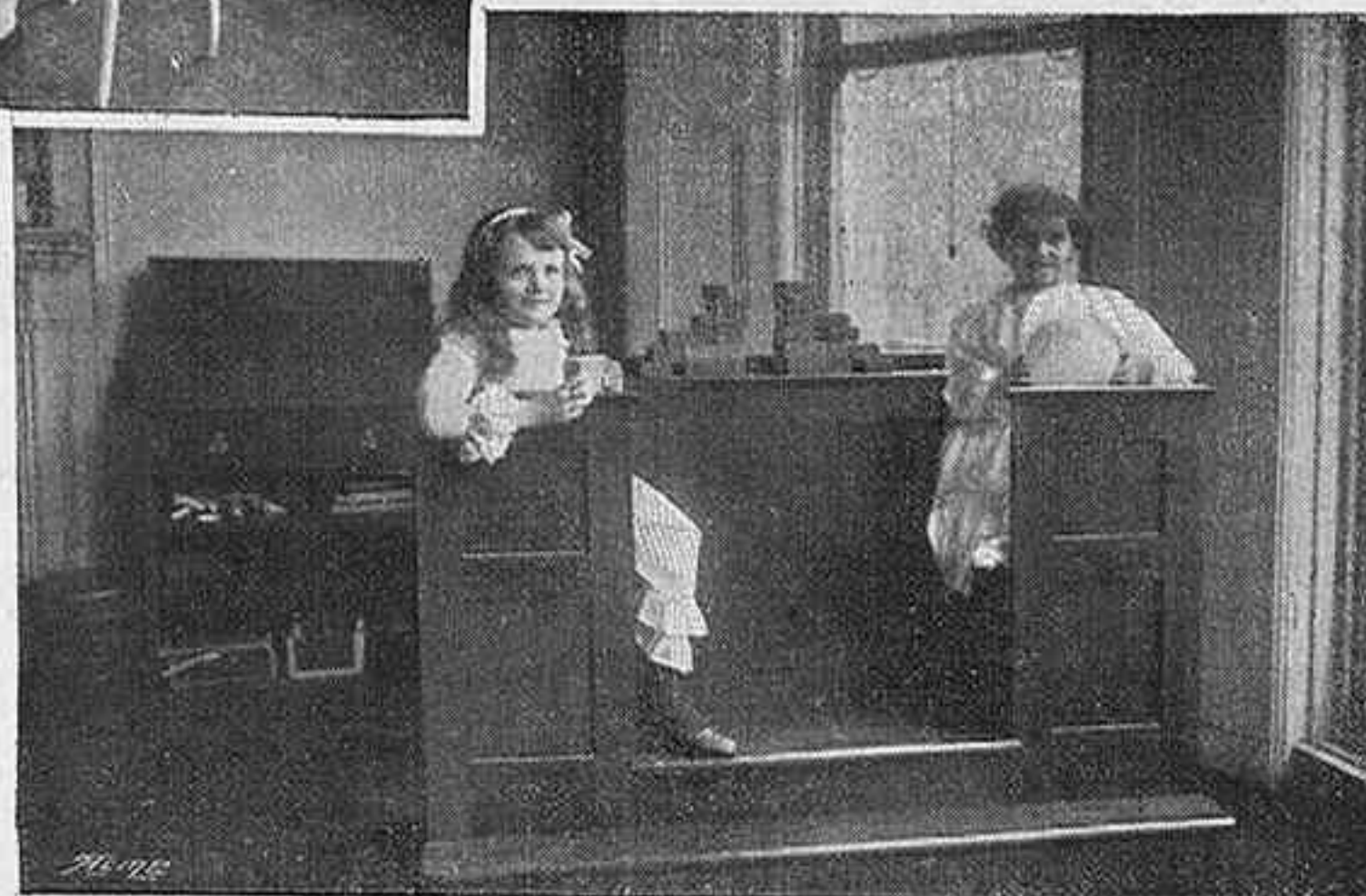
Las muestras que a veces se exhiben en las exposiciones de horticultura son deformes, descoloridas, de tamaño mayor que el ordinario y están recortadas de un modo extraño.

Para obtener esta flor en perfectas condiciones de belleza, es preciso criarla en una tierra ligera, rica en arena ó en detritus calizos, en una posición seca en un sitio muy soleado. Cuanta más cal contenga el suelo, tanto más se acentuará la consistencia aterciopelada de la *Edelweiss*. La rocalla caliza le conviene, pero también se la puede cultivar en un arriate seco. En invierno es preciso evitar toda humedad.

en torno de su mata y mantenerla en una sequedad absoluta. También es bueno trasplantar y dividir las matas cada dos años y cortar la extremidad de las raíces, con lo cual se las rejuvenece y vigoriza. La planta se obtiene por medio de semillas que se siembran en otoño ó en la primavera, y florece á partir del segundo año.—E. C.



Las comidas se sirven en los pabellones; no hay mesa redonda. Tres niños es el máximo que se admite en cada uno de ellas.



Asientos, junto á las ventanas, donde á los niños les gusta mucho jugar

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Dentición

JARABE DE LABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faubr. St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB

BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero

Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

HISTORIA DE LOS BARROS VIDRIADOS SEVILLANOS, por José Gestoso y Pérez. — La circunstancia de haber sido premiada esta obra notabilísima por la Real Academia de la Historia hace ya su elogio y el de su autor, distinguido colaborador de esta Revista y amigo muy querido. Resultado de prolijas investigaciones es la obra á que nos referimos, puesto que en ella se estudia con gran copia de antecedentes la historia de los barros sevillanos desde sus orígenes hasta nuestros días, de manera que puede formarse exacto juicio de la importancia que revistió siempre esta industria en la ciudad hispalense, sirviendo de complemento un cuadro cronológico de la azulejería sevillana y un registro de los obreros que florecieron desde el siglo XIV al XIX. Forma el libro, lujosamente editado, un hermoso volumen de 468 páginas, ilustrado con numerosos fotograbados y láminas en color, que honra á la tipografía de La Academia Moderna, de Sevilla, vendiéndose al precio de 30 pesetas cada ejemplar.

MI COCINERA. — Los editores Sres. Ribó y Marín acaban de publicar un libro en extremo útil y conveniente para todas las familias. Trátase de un á modo de Manual de cocina ó colección de recetas de práctica y fácil ejecución y relativamente económicas, según



EL TIEMPO, LA VIDA Y EL TRABAJO, TECHO DE UNO DE LOS SALONES DEL PALACIO DE LA DIPUTACIÓN DE VIZCAYA, obra de José Echeña

reza la portada del referido libro, que forma un volumen de 270 páginas bien impreso y que se vende al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

EFLUVIOS, por Eugenio de Córdoba y Vizcarrondo. — Colección de poesías inspiradas en ideales que enaltecen y en sentimientos delicados. La mayor parte de las composiciones entraña un pensamiento triste, pero de esa tristeza consoladora, que se concentra y conduce á la resignación. Están escritas en diversidad de metros, con facilidad, de suerte que su lectura cautiva y sirve para que se forme ventajoso juicio de su autor. Forma un volumen de 300 páginas, elegantemente impreso en la tipografía de José Cunill.

QUÍMICA POPULAR, por Casimiro Brugués. — Esta obra de vulgarización, que enriquece el ya importante catálogo de las publicadas por el editor D. Gustavo Gili, responde perfectamente á la significación de su título, puesto que el propósito del autor resulta realizado, poniendo al alcance de todos conocimientos utilísimos, cuales son los que precisan en la vida práctica. Divídese el libro en dos partes: la que se refiere á la Química y la de sus aplicaciones, expuesto todo sin esfuerzo, con plausible claridad, de suerte que puedan obtenerse las necesarias enseñanzas. Forma un volumen de 19 x 13 de 476 páginas, ilustrado con varios grabados y engalanado con una artística encuadernación de José Triadó. Véndese á 6 pesetas.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
★
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

FRASCO 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póse y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. St-Denis, 148

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

APROBADA por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris

HARINA LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales
únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS JORET-HONGHE

CURA LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN